



AIDÉ HIDALGO

Cartas de
Jerónimo
De la Espira

El sentido inconmensurable
de la persona humana

EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD DEL ZULIA

EDILUZ
EDITORIAL DE LA
Universidad del Zulia



Cartas de Jerónimo de la Pira

El sentido inconmensurable
de la persona humana

Aidé Hidalgo

Prohibida su reproducción, adaptación, representación o edición, sin la debida autorización de la Universidad del Zulia o de los autores.

HECHO EL DEPÓSITO DE LEY

ISBN: 978-980-402-330-9

Depósito Legal: ZU2025000088

Editorial de la Universidad del Zulia (EDILUZ).

Ciudad Universitaria Dr. Antonio Borjas Romero.

Facultad de Humanidades y Educación. Sótano del

Bloque C. Apartado 526. Teléfonos (424) 5621618

ediciones@ediluz.org

ediluz.org

Maracaibo, Venezuela.

Marzo, 2025

Colección PENSAMIENTO HUMANISTA

Coordinador de Taller Editorial:

Luis Perozo Cerantes

Ilustración de la portada:

Sergio Rossi

PRÓLOGO

Esta publicación representa la compilación de una serie de ideas, reflexiones e inquietudes, que resonaron en la mente inquieta de la Dra. Aidé Hidalgo, y que fueron surgiendo en la medida en que ella avanzaba en su maestría de filosofía medieval, hace casi 20 años. El deslumbramiento de la personalidad y pensamiento de Tomás de Aquino se convirtió en un faro para disipar las tinieblas que ocultan la verdadera esencia de la persona humana. Quizá viene a nuestra mente, la pregunta ¿Por qué una profesional, madre de 3 hijos, Senadora en su tiempo, Odontóloga, Profesora universitaria, y empresaria exitosa ha querido incursionar en el campo de la filosofía? Prefiero decir, en el caso de este libro, que se trata de una filosofía de lo cotidiano, que busca al mismo tiempo, reflexionar sobre el tema de la persona humana. Resulta entonces, muy acertado asumir el término “inconmensurable”, como contexto descriptivo en torno a este tema.

He sido testigo por varios años de la gestación y mayéutica de esta sencilla y muy inspirada obra. Mi misión ha sido escuchar ideas y animar a la autora en su parto literario. Esta publicación está redactada bajo un “teclado muy personal de nuestra autora”, podríamos decir que refleja en

parte, algunos aspectos muy íntimos de su forma de pensar y analizar las circunstancias del devenir humano. Los personajes contenidos en las cartas son reales; pero bajo nombres ficticios, cuyo hilo conductor es el diálogo entre Jerónimo de la Pira y su alumna Aseret Mossèn, apasionada e inquieta. Tal como lo señala la misma Dra. Hidalgo, el desarrollo del libro es una presentación “muy sencilla, del problema de la unidad del ser personal, que preocupa y preocupará siempre tan solo a un pequeño grupo”.

Así, resalta aspectos fundamentales para comprender y abordar el misterio del ser humano, desde la luz sobre natural; por esa razón encontraremos constantemente en estas cartas términos como “el problema de la persona”, “unidad sustancial”; “cultura de las formas separadas”, “principios opuestos”, “el único sustancial”, “sentido inconmensurable de la persona humana”, entre los conceptos más importantes.

Se vislumbra en los planteamientos epistolares, los consejos del profesor para que argumente sus ideas, interrogando su entorno, todos los intereses, pues “la antropología es para iluminar, como la poesía, el misterio del ser humano”

Señala el acucioso profesor a su interlocutora alumna que “la antropología materialista es una dinámica no ontológica, es un adversario de la humanidad al dejar —de manera consciente o in-

consciente— la razón última de la existencia sin respuesta frente al dolor, la alegría, el amor, la fe, la muerte o la entrega martirial de la propia vida, deja al ser humano desamparado, para siempre en la nada”. Por tanto, se indica más adelante que “es deber moral de quienes crean antropología devolver lo que la antropología misma le ha arrebatado a la criatura humana, su unidad de alma y cuerpo, principios que la constituyen, y solo en esa unión se hallará la dimensión personal”. Aquí viene resaltado, de manera explícita, las aseveraciones del Aquinate, Doctor angélico. Por eso, la autora, argumenta más adelante: “La humanidad necesita de una antropología para la libertad, libre de la banalidad, misericordiosa, equilibrada en la fe y la razón, que tanto hoy hace falta ante la actitud racionalista o la gala de ignorancia con barniz pastoral que niega las manifestaciones más puras del espíritu”.

Así como entendemos, según la elaboración tomista que la unidad substancial de la persona humana, además de asegurar su posibilidad de trascender y realizarse, de la misma manera, la concepción inversa implica un descalabro de la comprensión adecuada del ser humano, sumiéndolo en un utilitarismo ilimitado y superfluo.

Esta falta de comprensión unitaria, integral y espiritual, es la causa actual de tantas ideologías, que reducen, disminuyen y esclavizan a las personas,

quitando total o parcialmente los valores., llevando a la tragedia de un relativismo destructivo. Todo esto trae como consecuencia, una deshonra del ser humano y una exaltación del egocentrismo, que lleva a la ignorancia, al egoísmo y a la autodestrucción. La unidad substancial, que marca el equilibrio entre la materia y la forma, entre lo humano y lo divino, no sólo como una simple comprensión de la teoría hilemórfica, sino en la posibilidad real de la salvación y divinización a la que está llamado, en definitiva la creatura: ***“sed perfectos, como es perfecto, vuestro Padre celestial”*** (Mt 5, 48)

Encontraremos pues, estas sabias ideas personalísimas de la Dra. Hidalgo, ideas simples y cotidianas; pero también profundas y originales, que nos ayudarán a visualizar nuestra propia realidad personal. Entremos juntos en este pensamiento de lo que pudiéramos llamar, filosofía de la vida, filosofía meditada, filosofía del análisis cotidiano.

La Dra Aidé Hidalgo, sin pretensiones de competencia académica, ha querido compartir esta obra, doméstica, espontánea, vivencial; pero al mismo tiempo, inspirada en Santo Tomás de Aquino, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, y que sin duda, ha brotado de un corazón y una mente inquietos por iluminar la existencia humana. Seguramente, al entrar en contacto con estas

páginas, muchas preguntas surgirán y tendremos la oportunidad de interactuar, con nuestra distinguida autora.

Pbro. Dr. Miguel Antonio Ospino Martínez
Maracaibo - Venezuela, 25 de febrero 2025.

NOTA DE LA AUTORA

La razón que ha movido el presente libro es muy sencilla, el problema de la unidad del ser personal preocupa y preocupará siempre tan solo a un pequeño grupo. Es un hecho cuya existencia sería imposible disimular, ya que la inmensa mayoría de los hombres, no se han planteado nunca el problema de la persona como único sustancial ni han caído en cuenta de cuanto les afecta la división de su ser. Mientras las grandes ideas continúan desarrollándose en una cultura de las formas separadas a partir de principios opuestos, sin posibilidad de constituir un único sustancial no se logrará conocer el sentido inconmensurable de la persona humana que se forma desde el mismo momento del Génesis cuando Dios creó al hombre a partir del polvo de la tierra y sopló en su nariz el aliento de vida (2:7). Lo constituye en una unidad sustancial de alma y cuerpo, y dispuso toda la naturaleza humana a la vida gloriosa, a la unidad en Él. La unidad sustancial glorificada es la suprema realización del ser personal.

He llevado a cabo la tarea de buscar este sentido inconmensurable de la persona humana, guiada por Santo Tomás de Aquino, fuente de consulta imprescindible para hablar sobre la persona, y algunos místicos universales como Teresa de

Jesús y San Jun de la Cruz. Con la asesoría del Rvdo. Sacerdote Miguel Antonio Ospino Martínez, he podido andar por los caminos señalados, he avanzado tranquila iluminada por las ideas de Santo Tomás de Aquino, Santa Teresa de Jesús y Juan de la Cruz, todos resguardan la grandeza de la unidad del alma y del cuerpo, y el fin bienaventurado de la persona humana. Debemos defender el inconmensurable proyecto divino del ser personal porque es ¡Maravilloso! No tardemos en conceder esa bondad al concepto de persona humana.

Quiera Dios bendecir nuestro humilde esfuerzo.

1996

CARTA I

21 de marzo de 1996

Saludos cordiales desde Roma.

Señorita Aseret Mossèn.

En esta mañana de enero, usted profundamente me estremeció con la solicitud que me hace en su carta a acompañarla en la preparación de su trabajo de grado en la línea de investigación sobre la persona. Cuestión que me causó una gran satisfacción y me anima a volver a un proyecto sobre la dimensión personal, desde hace años en mora. Estoy atrasado, espero que retome vida. Por ahora, me entusiasmo en lograrlo en su compañía.

Señorita Mossèn la recuerdo perfectamente, incluso recuerdo una conversación entre los dos en el último curso de filosofía. Ocasión en que me manifestó su deseo de especializarse en antropología. Igual que usted, soy otro, entre muchos, que aspiramos a conquistar el ser de vida intelectual. El ser al que los escritores de antropología le han dado la espalda, incluso le temen. Pues, aprehender su espíritu es un gran desafío que hace sudar la razón para alcanzar la revelación de ese único sustancial.

Guardo algunos escritos sobre el alma humana. Le confieso que con frecuencia me disperso, me extravió, pues el alma humana es una realidad

que me supera y se me hace inabarcable. Me siento incapaz de definirla con certeza, me asombran sus potencias, no puedo narrar en el papel los detalles del alma humana. No obstante, cada día doy un paso más en ese intento de saber lo que es y cómo cuidar de ella.

Señorita Aseret, me hace bien, que una de mis ex alumnas elija esa vía, ciertamente, para mí la antropología es fundamental. Trabaje con todas sus fuerzas y entréguese como autora a crear antropología, le recomiendo escribir con sobriedad, para que encuentre el cauce que la lleve por el misterio de lo humano, llénese de ánimo para que el misterio a sus ojos le sea revelado. No tarde en conquistar para usted esa verdad, y conceder su verdad al hombre.

Le aconsejo que argumente, interrogue todo lo que vea, todo lo que explore, pues la antropología es para iluminar como la poesía el misterio del ser humano. Asimismo, le sugiero encuentros con autores muy buenos y conversaciones con pensadores entregados a crear antropología. Además, usted —como refiere en su carta— tiene como autor primero a Tomás de Aquino, y tiene gran parte de la obra. Autor autorizado se está pronunciando en esos volúmenes. Léalos, en esa fuente Tomista encontrará cuestiones que son capitales para quien aspira escribir antropología. Muy estimada Mossèn, diga lo que quiera decir,

surgirán cosas extraordinarias, abra su corazón a las enseñanzas de la Sagrada Escritura, pero también a lo que enseñaba la filosofía antigua y la nueva; observe la grandeza personal en la densidad extraordinaria de lo cotidiano; observe todo en cuanto lo que está permitido y lo que está prohibido; libérese de toda ideología; de todo reduccionismo al mundo; desplace los límites de la razón; encúmbrese hacia las verdades de la fe, en último término complemente aquella a partir de ésta o ésta a partir de aquella, para que el misterio de lo humano le sea revelado dentro del plan trascendental de la historia de la salvación. Por ese camino penetrará en la esencia del ser, se asombrará de las infinitas perfecciones de cada una de las criaturas, llegará al conocimiento del alma humana intelectual —el grado de vida más perfecto—. En esa aventura maravillosa, conquistará la dimensión personal y su grandeza ***conocerse a sí mismo***, y hallará a Dios en el encuentro consigo mismo.

Su amabilidad de invitarme a este viaje por el conocimiento ha sido providencial, y me ayudará a mejorar notablemente mi ánimo perturbado por la indisposición que me produce la enfermedad, que más adelante le comentaré. Por ahora, me siento, aunque no completamente bien, con relativa mejoría. Pero, el oncólogo me dice que el tratamiento de quimioterapia preventivo es nece-

sario. Mientras todo ocurre he encontrado en la enfermedad un propósito, y estoy —trabajándome en esa intención— mi amistad con Cristo.

La relativa mejoría que en ocasiones registra mi salud, me permite como hoy ir a mi cátedra en la Universidad. La clase de hoy me resultó grata. Solo siete alumnos y yo. No asistieron algunos jóvenes que son participativos —están en la cama indispuestos—. Me encontré al Rector por azar. Me saludó como siempre con calor. Saludé a muchos profesores, a todos les respondo que estoy como siempre, con varios proyectos de escritura en realización. Sobre algunos aspectos de la clase de hoy, quiero —ante todo— comentarle que se trató sobre uno de los opúsculos de filosofía de Tomás de Aquino "De la verdad". Un opúsculo valiosísimo para tener en cuenta en toda investigación. Tomás, admite sin demostración, la proposición clara y evidente de una sola verdad que procede de una misma y única fuente, esa verdad es Cristo. Tomás no se agota en el esplendor de la razón, en él hay algo más, que se abre sobre su entendimiento, la más alta Sabiduría, y Tomás la experimenta. En ese instante infinito, dejó de escribir. Va al que busca, a Cristo.

Muy admirada señorita Mossèn, la antropología materialista es una dinámica no ontológica, es un adversario de la humanidad, al dejar —de manera consciente o inconsciente— la razón última de la

existencia sin respuesta frente al dolor, la alegría, el amor, la fe, la muerte o la entrega martirial de la propia vida. Deja al ser humano desamparado, para siempre en la nada.

Es deber moral de quienes crean antropología devolver lo que la antropología le ha arrebatado a la criatura humana su unidad de alma y cuerpo, principios que la constituyen, solo en esa unión se hallará la dimensión personal.

La humanidad necesita de una antropología para la libertad, libre de la banalidad; misericordiosa; equilibrada en la fe y la razón, que tanto hoy hace falta ante la actitud racionalista o la gala de ignorancia con barniz pastoral que niega las manifestaciones más puras del espíritu humano. Señorita Mossèn es preciso salvar al hombre de engaños ideológicos, de las trampas históricas, porque todo eso en el fondo son ardiles que hacen nidos en los laberintos del conocimiento humano. Si es necesario, convierta su mente en un estilete y penetre todas las profundidades del alma humana. Retire todos los matorrales que le impiden ver el espacio donde la inmensidad ilumina la unidad de nuestro ser, en ese instante ante sus ojos se le mostrará la grandeza de lo personal con el rostro descubierto en la eternidad, y envuelta en la esperanza inagotable de la bienaventuranza.

Aléjese del antropomorfismo donde se ocultan los Anás y los Caifás, los últimos canallas del Le-

vítico que nos han cargado de ambigüedad, cruzando por todas las ideologías convirtieron las criaturas en abominación (**Sab 14,11**). Déjese atraer por la sabiduría y dedíquese a crear una antropología desde la densidad extraordinaria de la vida donde cada quien lucha por su espacio; lucha por construir su identidad física y espiritual. Lucha por su singularidad, por mantener su unidad; lucha por tomar conciencia de sí mismo y por reconocerse como criatura creada. Donde cada cual lucha por huir de la soledad y no dejarse arrastrar por la dictadura del falso-yo. Lucha por un fin glorioso en la eternidad.

A pesar del asedio del antropomorfismo, no debe impacientarse tiene usted un privilegio especial para crear antropología: su fe, y como le comenté al inicio, hágalo con humildad, desde la belleza y de los textos sagrados y los textos antiguos de filosofía, de los descubrimientos de la ciencia moderna y la teología. Hágalo no como un giro filosófico o un solo movimiento teológico, sino como un movimiento que envuelva la filosofía y la teología, en la dinámica de **exitus y reditus** que procede de Dios, penetra y atraviesa el mundo natural y vuelva a Dios. Una antropología que guarde la grande esperanza del hombre que invariablemente termina por asegurar el triunfo final frente a Dios. Acérquese a la antropología desde la inseparabilidad entre la razón y la revelación,

inseparable de Cristo. Créame usted que no es fácil convencer de esta inseparabilidad.

Espero de usted, muchos y buenos escritos. Anímese mi querida alumna. Hay muchos caminos esperando por usted. Sería grande su aporte. Me hallo entre quienes aspiran a ver su firma impresa en muy dignas publicaciones.

Le deseo el ánimo y la perseverancia.

¡La voz de Santo Tomás de Aquino está haciendo falta!

Suyo en Cristo.

Jerónimo De La Pira

CARTA II

Hoy es 2 de abril de 1996

Mi muy querida Aseret Mossèn.

Todavía se divisa nieve en el horizonte desde mi cuarto de trabajo. Mi proceso de quimioterapia está ya muy avanzado. Mañana termino la 5º sesión. Me falta solo la 6º. La comienzo el 3 de abril y la debo terminar el 17. El 5 de mayo me someto a una tomografía computarizada de todo el cuerpo para comprobar que quedo totalmente limpio de cualquier célula cancerígena. A partir de ese momento si todo va bien, como espero, me darán de alta.

Los últimos días he tenido dificultad para escribir. Me he dedicado —por momentos— a pensar sobre la quijotesca aventura de crear antropología. Se ha escrito mucho sobre lo humano. Parece que todo es como una apuesta a la derrota. Nos hemos vencido en las demostraciones de la ciencia, en escenarios cosmológicos impresionantes, hemos creado un mundo cibernético, admiramos la inteligencia artificial, y el conocimiento de lo humano cada vez está más lejos de ser un conocimiento reparador. Nos ha faltado humildad, más aún —piedad— en esta quijotesca aventura de redimir al ser humano,

Le aconsejo, cuidar de no separarse de la realidad, y sin tener miedo al oropel intelectual, no

sustraerse a la bondad divina, como alienta Paúl Vignaux. Otro recordatorio que le hago es afirmar que necesitamos de la oración humilde para despojarnos de todo, hasta fundirnos en nuestra nada, no para desaparecer, sino para encontrar la verdad que atraviesa la humanidad del hombre y el perfecto conocimiento del misterio de Dios. En definitiva, entender que solo con la fuerza de cada pensamiento somos premiados por la revelación, por el conocimiento de la suprema dignidad de la criatura humana. No solo en su sentido natural (el único sentido que ha sido comprendido por la ciencia), también en su sentido sobrenatural que hace referencia a una plenitud espiritual.

Por ahora, sumergido en la barquilla de la enfermedad, mis días son difíciles, mi pensamiento casi no se mueve, a veces me permite leer. Cuando esto ocurre, me dedico a la relectura de textos tomistas, últimamente, sobre la cuestión de la unidad sustancial y otros autores emblemáticos sobre la materia, entre ellos, filósofos y sabios antiguos.

El Padre Eduardo Lecter de la Orden de los Predicadores, un gran amigo, lector de Aristóteles, me ha animado a la relectura de la *Ética* a Nicómaco, lectura que no debemos soslayar.

Todos están muy pendientes de mí, unos amigos —entrañables ellos—, hace pocos días me han invitado a un encuentro en una cafetería cercana donde vivo, su nombre es Tosto. La doctora

Clawdia Biset me informo de los invitados a la reunión. Por la tarde, a las 5 menos cuarto, pasó por mí en compañía del señor Faddei Ziemssen, y el doctor Hermes Behrens. Su presencia auguraba un encuentro providencial. Lo providencial lo conocerá una vez que le comente algunos rasgos de ellos.

El Padre Vicente Irunzun es sacerdote de confesión Católica, su formación intelectual, como dice Ziemssen es de — alto rango—, especialista en Historia de la Iglesia, admiro su talento y laboriosidad. Es un entusiasta medievalista, —según él—, es un territorio de recogimiento, de encuentro con el joven Doctor Tomás de Aquino, tiempo de la primavera de la razón y la fe, rica floración de nuevas aportaciones a la persona en su perfecta singularidad, el único sustancial que desea la felicidad, quiero decir, la unión más íntima con Jesucristo. Para él, el Medioevo es el verdadero comienzo de la era de la persona.

El señor Faddei Ziemssen es un honorable escritor, es un apoyo moral, interlocutor correcto, lector incansable. Le gustan las narraciones sufíes, las anécdotas Zen, los cuentos jásidicos, las enseñanzas de la tradición judeocristiana, estudia con placer el Nuevo Testamento. En una ocasión, le he oído decir que estas lecturas nos convocan — como a todo el mundo— a la comprensión del prójimo. El filósofo Martín Buber siempre está

presente en sus referencias, es un autor que nos invita al diálogo, al perdón.

Podría definirlo con una sola expresión: ¡Sincero! El doctor Hermes Behrens, brillante médico, no obstante deja lugar en su vida para la transcripción de textos de diversa procedencia y es un apasionado admirador de Tomás de Aquino. Esta tarde traía entre sus manos unas litografías de Tomás de Aquino de buena calidad, y muy fina impresión de la obra original, autoría de la joven artista Luisa Freire.

Antes de las siete de la noche llamó el Padre Giorgio Romo, sacerdote dominico, disculpándose por no poder asistir por los padecimientos propios de la artritis, cubriendo su ausencia con el Padre Eduardo Lecter (dominico como él).

A las ocho llegó el doctor Abilio Sáiz.

¡Ha llegado una grata compañía! —Exclamó la señora Biset— el doctor Sáiz, es un honorable escritor, ensayista y conferencista en dignos auditorios, su género predilecto es el ensayo.

A los pocos minutos, se acercó una agraciada joven de escasos treinta años, la doctora Kadi Ghazali. Se detuvo en el umbral de la puerta y exclamó: ¡Dios mío, debo una explicación por mi impuntualidad! —Perdonen mi impuntualidad—, insistió. Me gustaría haber llegado a la hora. Clawdia la presentó como una ventajosa antropóloga y profesora en la Universidad. Su

Cátedra — dijo— genera valiosas aportaciones para la antropología.

Faltando poco para las nueve de la noche el frío iba in crescendo, todos nos hallamos muy abrigados, esperando *il vero caffè italiano Lavazza*, ya ordenado a la asistenta de Tosto.

Señorita Aseret, cómo me gustaría que usted nos hiciera compañía, será una grata conversación.

La joven antropóloga Kadi Ghazali inició la conversación con su natural elocuencia de profesora universitaria. Durante las discusiones en el aula, he logrado que los estudiantes argumenten el concepto de lo *humanum*. Como no existe un método sintético para abarcar todo el concepto, hemos decidido fuera de la cátedra afrontar a los sabios cosmólogos, a autores modernos de antropología, y hemos observado que los enfoques antropológicos modernos, por estar suspendidos en la filosofía antigua, envejecen rápido. No obstante, al momento presente, no hemos podido avanzar, definir lo humano es un vasto proyecto, no sé si lo veré realizado. Tal vez alguno de mis brillantes alumnos comprometidos en esta investigación, logre alcanzar esa visión extraordinaria que soñamos de lo humano.

Señorita Mossèn le confieso que estaba maravillado ante la joven profesora, que llegué a pensar que la doctora Kadi Ghazali será reconocida entre los grandes pensadores de la antropología de la persona.

El doctor Behrens la interrumpió. Doctora Kadi de lo humano no hemos alcanzado el gran proyecto de la dimensión personal, porque la antropología y la ciencia intentan resolver la cuestión en las apariencias. Buscan lo humano entre las cosas que recaen sobre nuestros sentidos, entre los seres de la naturaleza. No son capaces de ir más allá del horizonte natural, de hablar del fin último de la historia personal. Pero, al fin y al cabo, con el tiempo, la dimensión personal del hombre aparecerá, y cuando esto ocurra todos volverán la mirada hacia el cielo.

El honorable santo Tomás de Aquino, el insigne doctor Angélico, llegó a afirmar que la persona es el ser más perfecto en el bosque de seres que adornan la tierra. El joven dominico es un autor altamente calificado en la cuestión sobre la persona tanto divina como humana. Le sugiero que lea y relea el tratado sobre el hombre.

La joven antropóloga lo miró alterada, encendió un cigarrillo y, dirigiéndose al doctor Behrens, le dijo —Si eso viene de un santo— ¡Cuánto agudeza tiene usted! Pensar que un santo puede resolver los problemas de antropología. Creo oírle que mencionó a Tomás de Aquino ¿Cierto? El maestro Aquino, en los tratados donde estudia al hombre, ha llegado demasiado lejos al decir que la creación de la mujer es inamisible. Para él es un varón frustrado, un ser pequeño, domesticado, sin dignidad.

Querida Aseret, frente a esta reacción de la señorita Kadi, quedé aturdido, estupefacto y como la atmósfera se estaba contaminando, por un momento quise gritarle: ¡Callase! Hay demasiados argumentos buenos. Pero, solo me limité a decir, no hay necesidad de discusiones agrias, podemos dialogar sin hacer de este encuentro un campo de batalla. Invito al dialogo, a la indulgencia.

Señorita Kadi, —dijo el doctor Sáiz—, uno de los grandes combates que ha debido enfrentar Tomás de Aquino es precisamente con filósofos materialistas, con la biología y la medicina galénica al querer atribuirle repulsión y aversión hacia la mujer. Pero antes de colocar mi palabra en defensa del joven Tomás, es bueno prestar atención a lo que plantea en torno a la mujer. Nuestro fraile no se dedica a enfrentar las implicaciones filosóficas, científicas, psicológicas, incluso teológicas, sobre la mujer. Él no se agotó en la pretensión materialista, ni en aquellos que impusieron sus medidas, sus convenciones, lo banal para considerar la mujer como una obra cualquiera y sostener que es un varón frustrado, minimizado, que, por su naturaleza, es inferior al hombre en dignidad y poder. El joven dominico actúa con fuerza y autoridad y eleva la antropología a nivel de Dios Creador — aún estamos obligados a hacerlo— y coloca la cuestión de la mujer en el escenario maravilloso de Dios Creador. En ese escenario, la mujer es se-

mejante al varón en dignidad, este es un hallazgo antropológico de la persona, que no debemos olvidar. Veamos lo que dice la Biblia: dijo Dios, no es bueno que él esté solo; hagámosle una compañera semejante a él, y creó la mujer semejante a sí mismo (Gén 2,18). No hay más que agregar. Gran misterio es este.

Señorita Mossèn, la doctora Kadi ha colocado ante nosotros una falsedad que se atribuye a nuestro fraile Tomás, al decir que para él la mujer es un ser minimizado. Debo desenredar eso, comenzaré por precisar la palabra hombre, en si posee el valor derivado de una convención lingüística para designar todo lo humano —entiéndase mujer y varón— ambos, manifiestan distintamente la racionalidad humana. Tomás, al elevar la mujer al nivel teológico, la coloca al mismo nivel de dignidad que el varón, se apoya en las palabras del Génesis (1, 26): Dios los creó a su imagen, luego añade: los creó macho y hembra (Génesis 1, 27). Esto significa que hizo varón y hembra a imagen suya, en cuanto a la naturaleza intelectual, en ambos se encuentra la imagen de Dios persona. Esta semejanza es el último grado de la dignidad humana.

Por un momento, el doctor Sáiz hizo una pausa para solicitar otra taza de café —bien caliente y en taza grande— insistió. De inmediato continuó su intervención —completó la idea—, en Tomás está el más grande defensor de la mujer.

Ziemssen —intervino—, visto a la luz de la Revelación es impresionante la creación de la mujer. Tomás no se pierde en las cosas inferiores (recuerde esto, al crear antropología, no perderse), desarma, deja perplejo a los filósofos, sabios, científicos y todo lo que resulta deficiente. Reconoce la dignidad de la mujer, saca de ella la belleza de la unidad sustancial, de la unidad unida íntimamente a Cristo. Desde esta visión, el ser personal, el hombre —varón y mujer— representa la auténtica verdad de lo humano.

La doctora Kadi Ghazali ¡Estaba inmutable! Escuchando al doctor Sáiz y a Ziemssen, que permanecían indiferentes ante la fría atención de la antropóloga.

Tomás de Aquino —afirmo Ziemssen—, coloca toda la realidad, particularmente la humana, en las manos de Dios Creador. Aseret, como el joven Tomás coloque la realidad antropológica en las manos del Creador y como Tomás conecte con la imagen de Dios. Necesitamos llegar a ese punto para hablar de la persona y figurarla en un ser única, irrepetible e insustituible, lo más perfecto en toda la naturaleza, y fin de la generación universal.

Esta posición es sustancialmente distinta de la concepción de persona que encontramos sobretudo en la filosofía de la época moderna, poscartesiana —señaló el padre Vicente Irunzun.

El doctor Hermes —solicitó permiso para hablar—, quiero expresarle a la doctora Ghazali, que en modo alguno es buen comienzo, para quien está comprometido en un proyecto moral de antropología, la mirada peyorativa o despreciativa a un autor como Tomás de Aquino. Dicho de otro modo, señorita Kadi, lejos de tornar irrelevante a nuestro fraile, colóquese usted, lo mejor que pueda, frente al plan de Dios. En ese proyecto de felicidad no hay espacio para minimizar ninguna de las criaturas creadas. Menos a la mujer, absolutamente necesaria para el amor, la procreación, la familia, la sociedad ¡En fin!

Todos notamos que la próxima intervención de la joven antropóloga sería muy agria, muy polémica. Decidimos dar por terminada la tertulia.

Al despedirnos, todos agradecemos a la doctora Kadi Ghazali, por abrir un interesante espacio a la argumentación. Hoy son necesarios esos espacios frente a cuestiones urgentes en lo antropológico.

Señorita Aseret, le ruego la indulgencia al juzgar a nuestro Tomás. En su pensamiento deposito mi confianza y en su corazón, y en su conciencia, mi amor por el misterio de lo que somos.

El doctor Behrens colocó sobre la mesa las pequeñas litografías con la imagen de Santo Tomás de Aquino, uno a uno la fuimos recogiendo. Al ver que la bella doctora Kadi colocaba su mano en la imagen que quedaba sobre el verde man-

tel, el doctor Behrens colocó su mano sobre la de ella, al tiempo que le decía: Cada página que escribió el joven fraile posee un caudal espiritual excepcional. Él poseía una profunda caridad intelectual que se manifiesta en una observación suya, contemplar y dar a los demás lo contemplado, su bondad natural y santidad es desbordante. Su humildad, obediencia, vida intensa de oración, muy profunda. Su intelecto, de actividad increíble. Tomás logró convertir la filosofía en un arma poderosa al servicio de Cristo. No solo esto, ha logrado también infundir a la misma filosofía el soplo del Espíritu Santo. Al final de su vida, se replegó sobre la extrema sencillez de su rutina monástica, y, sin embargo, su inteligencia como un torrente atraviesa los muros conventuales hacia el mundo exterior. La caudalosa corriente de su pensamiento es siempre nueva y magnífica. Ninguno como Santo Tomás abordó cuestiones sobre la ciencia, la providencia, la santidad como predestinación divina, y otras minuciosas cuestiones sobre la creación, la conservación, el fin del mundo. Todo ordenado desde la más alta sabiduría.

No tengo más palabras que ofrecerle. Solo persuadirle para que busque esa dimensión personal en el varón y en la mujer, no desatienda la oración que, como un piolet o piquetas de los montañeros, la ayudará a escalar las altas montañas que

se albergan en las profundidades más hondas del alma humana. Cuando la antropología alcance esas cimas hallará a la criatura intelectual en paz y en herencia de la tierra y el reino de los cielos, contemplando a Dios. Jesús lo prometió.

La invito a visitar Tosto, cuando viaje a Madrid.

Con el respeto y el amor a Jesús, la bendigo.

Jerónimo de la Pira.

CARTA III

Hoy es lunes 20 de julio de 1996, en el santoral de este día, la Iglesia Católica recuerda al Profeta Elías.

He regresado a Roma por unos días, me encuentro en el apartamento de mi sobrina, Mathilde Sanzio. Es un apartamento moderno donde se manifiestan las preferencias de la joven Mathilde. Posee una atmósfera llena de tonos sutiles, amplias ventanas de vidrio lo rodean, toda la decoración está enmarcada por la modernidad. Las amplias ventanas de cristal, me animan a contemplar la realidad, de la belleza no causada del amanecer, una belleza no tocada por mano humana.

Quiero describirle cómo se va mostrando. Mis ojos se mueven lentamente como una cámara hacia el paisaje cromático, hasta que el azul del lago es lo único visible. Me detengo unos minutos a contemplarlo. Luego, hago un cambio de posición, y capta mi atención una calle delgada y larga por donde camina un hombre bajo el suave resplandor de los primeros rayos del sol. En el edificio cercano se encendieron las luces, se abrió una ventana y vi una muchacha que se asomaba sin temores desde la altura hacia la calle, luego desapareció. En ese momento la joven Mathilde ordenaba a Claudita que sirviera el desayuno.

Desde la ventana, me volví y observé a Mathilde junto a Claudita, que colocaban sobre la mesa unos riquísimos y esponjosos panecillos, porciones de diferentes quesos, mantequilla y jugo natural de naranja. Esas dos mujeres sienten una adorable ternura por mí, ambas se preocupan por mi salud frágil. Les debo a ambas, en verdad, este momento y la visión de este momento.

Durante el desayuno, Mathilde me comentó que recientemente ha leído Louis de Wohl, y lo que más le ha intimidado de la lectura de *La Luz apacible*, es la poderosa inteligencia que se ocultaba tras la inmensa frente del doctor eminente, el venerable fraile Tomás, que un solo hombre supiese tanto de cosas tan distintas y poseer humildad es desconcertante. Emocionada va narrando sus encuentros con Louis de Wohl. Me gustó —dijo— un cortísimo diálogo entre San Alberto Magno y el venerable Tomás, cuando el maestro pregunta al alumno si ha sentido intimidad alguna vez por alguien. A lo que el joven Tomás, respondió: Sí, por nuestro Señor, en el Santo Sacrificio de la misa. Enseguida Mathilde, agregó que en ese diálogo encontró una poderosa inteligencia, desconcertante humildad y santidad, y continuó con distintos comentarios.

Después del desayuno, Mathilde partió hacia la universidad, quedamos en vernos al final de su jornada universitaria. Me quedé un rato más,

acompañado por Claudita, mientras disfrutaba un oloroso café.

Un poco antes de las nueve de la mañana, me dispuse a ir en el metro al centro de la ciudad, a esa realidad donde sobra gente por todos lados, llegan en el metro donde la gente va apilada y estrujada contra las puertas. En ese anonimato yo era uno más, solo con mis sueños, bueno, alguno de mis sueños. Menos mal que no voy solo, porque llevo conmigo el libro Carta a un religioso de Simone Weil. Aunque no es necesario que le comente, es un libro de tapa blanda, muy desgastado. En el asiento vecino, alguien olvidó el periódico, llamó mi atención la noticia: Joven de 15 años golpea a su madre y mata a su abuelo de 82 años. Al llegar a la estación más cercana a mi destino —la zona más suburbana—, agarré el periódico y bajé del metro. Aguardé la luz verde del semáforo, y crucé al otro lado de la gran avenida. Compré un café a un vendedor ambulante. Me senté en un banco de metal, colocado al borde de la calle. El sabor del café era amargo, lo tiré a la cesta. Observé el entorno, descubro una cafetería cercana. Me dirijo a ella, al llegar cruce algunas palabras con el barista y ordené el clásico café con leche. Luego me dispuse a ubicarme en el lugar más apartado para leer el periódico, y sobre todo la noticia de un hecho tan grave donde el protagonista es un joven asesino de 15 años. Al

terminar de leerla, abro al azar el libro Carta a un Religioso, me detuve en un texto que días atrás había subrayado, el texto dice: Cuando se sabe que es posible matar sin arriesgarse a un castigo ni reprobación, se mata. Hay excesiva indulgencia que incitan al crimen.

En las primeras horas de la mañana, he visto acechos del mal en las cosas que me tocan. Hablo, por supuesto, del anonimato de la gente en el tren, de los rostros comprimidos contra las puertas de los vagones, del joven asesino, de la justicia cómplice, que lo deja sin castigo, ni reprobación, esto, deja la sensación que no tiene por qué no ser bueno matar.

Querida Aseret Mossèn, la cultura del delito reduce al mundo a una cultura de la lógica humana en estado de imperfección, por la grave postración de la naturaleza intelectual a causa del pecado. Una lógica capaz de envenenar la obra de Dios.

A propósito, Mathilde me comentó que la lectio de la clase de hoy es sobre la cuestión del Pecado Original. Cuestión que ha de ser enormemente ampliada en la antropología. Su profundo sentido trágico desde el Génesis al día de hoy, crea un estado de debilidad o postración en toda naturaleza creada, particularmente, en la naturaleza intelectual. El estado de postración de la inteligencia es la mayor entre todas las penas. Es

necesario crear antropología en el escenario de Dios Creador. Me atrevo a pensar que esta visión es ciertamente un magnífico detalle antropológico que suscita asombro, nos sumerge en todos los signos sensibles de la vida y en todas las manifestaciones divinas. Y al final, nos muestra su dimensión más infinita e inagotable como es la grandiosa celebración en la eternidad, donde se actualiza definitivamente el proyecto existencial: La vida gloriosa, la vida eterna, verdadera, pura y hermosa vida con Dios.

Señorita Mossèn, no tema expresar que la antropología es una experiencia espiritual profunda, pues la grandeza de la criatura racional es la unión con la grandeza de Dios, es beber de la fuente de la bienaventuranza eterna. A esta frontera el pensamiento humano no se ha atrevido a unir la antropología. Una frontera que exige vaciar del intelecto todo lo que fragmente la unidad de alma y de cuerpo. Solo en la unidad se expande y se acrecienta la vida. No tenga miedo de proponer esto, a pesar de que la amenacen con quemarla en la hoguera. A pesar de que algunos antropólogos postulen que las teologías aparecen como un lenitivo amortiguador del peso insoportable del dolor, del mal y de la muerte. Aunque algunos cristianos no logran aceptar el papel de la Santísima Virgen en la Creación y la Redención, ya que los mismos datos explícitos de la Escritura revelan, y también

encubren, y dejan fuera el fin último de la visión divina. No tema proponer una antropología remedial, donde toda la vida del hombre se comprenda desde el Principio Creador, desde la redención y la santificación. Porque si amamos a la humanidad y queremos vivir la caridad de la caridad, el amor de los amores, lo mejor que podemos hacer es vivir nosotros en la caridad y en el amor (lo que le propongo). Luche contra toda ideología, contra el sistema perverso que trae más bien el infierno a la tierra, porque lo que Dios quiere traer es el cielo a la tierra, la vida del reino a este mundo y rehacer su paraíso. La antropología ha de ser capaz de crear ese cielo, iluminar donde hay oscuridad, compañía donde hay soledad, esperanza donde hay dolor y duelo, fe en la vida gloriosa. En fin, abrir ventanas por donde mirar el cielo. Ha de ser muy profunda, donde el hombre pueda reconciliarse, como la poesía que logra calmar y conmover, y recordarnos eficientemente el amor salvífico. Es un reto cuesta arriba para la antropología conquistar el sentido de la vida que ha contaminado con su lógica humana. Además, la antropología misma, no está exenta de contaminación y del ego. No hay que ignorar que desde el momento de la Revelación de la vida hasta su fin verdadero, es ver a Dios y disfrutarlo. Querida alumna Aseret Mossèn, también quiero hablarle de la vida humana desde la perspectiva grandiosa de la unidad sustancial, pronunciada en

el Canto de Adoración “mi corazón y mi carne” (Sal 84:2), unidad, salida del seno de la potencia creadora. Observo con frecuencia cómo están de incompletos los tratados sobre la cuestión, por eso no se ha logrado elevar lo humano al mundo de las formas sustanciales. Se ha hecho del hombre una doctrina totalmente diferente. Para ilustrarlo se ha fraccionado en segmentos, en alma y cuerpo separados, dispersos en la nada. No se ha seguido el camino para buscar y restituir la unidad, y hacer fluir el calor de la plenitud en la vida, y confirmarla en la esperanza de la gloria y el honor que posee en la creación. Hay que tener presente esas doctrinas que fraccionan al ser humano en formas separadas. No pretendo enjuiciar intelectuales, lo malo no son los filósofos, sino la historia humana que narran los tratados de antropologías materialistas, que seducen el pensamiento para que ceda al antropomorfismo, no exento de peligros.

Le confieso, muchas veces corrí detrás de una gigantesca caravana de filósofos materialistas, escalé las cimas profundas de los reinos de la naturaleza, buscando dentro del mundo natural un autor de lo humano, y al percibir que lo originariamente humano: el alma, es irreductible al mundo natural, me separé de esos argumentos con cierto desaliento. Entonces fui detrás de los que lo entienden como algo espiritual y lo buscan en la cima del cie-

lo, pero la unión sustancial no permite colocarlo entre los seres puramente intelectuales.

Suspendo mis comentarios por la llegada de Mathilde, luce radiante luego del encuentro con los estudiantes, y tal vez con nuevos hallazgos sobre la cuestión del pecado original. Ella enseguida pidió a la asistente de la cafetería el clásico refrescante frappé, la acompañé con un café moca.

Mossèn, le comentaré las interesantes cuestiones que trató Mathilde durante nuestro encuentro en la cafetería.

¡Maestro Jerónimo! con esta exclamación, inició sus comentarios. Le confieso que esta mañana no sabía cómo presentar a mis alumnos la cuestión sobre el pecado original. Es algo que no puede relativizarse, es una historia que contiene frases que hacen eco por ser un acto libre del hombre. Intenté llegar a ese momento mediante algunas consideraciones.

Lo primero fue la creación del hombre en estado de gracia, en el estado de justicia original en armonía, y cómo aparece en las sagradas Escrituras. El hombre fue puesto por Dios en el Paraíso, el lugar más digno, morada de aquel que fue creado a imagen de Dios. Un segundo momento es cuando surge en el hombre la conciencia de la libertad, ocurre el primer pecado, que implica la profanación de lo sagrado. No podía menos de ser una desobediencia formal por soberbia graví-

sima, que arrastró tras de sí a toda la humanidad, lo cual ha causado estragos en el mundo. El hombre es expulsado del Paraíso, privado de la justicia original, y con ella la desordenada disposición de las potencias del alma.

El pecado original ha quedado incrustado para siempre en la naturaleza humana como una enfermedad de la misma naturaleza. Una disposición desordenada y alterada de la misma, particularmente, de la operación cognoscitiva del alma humana. Sabemos sus consecuencias que se prolongan a todas y cada una de las generaciones humanas.

El castigo, la muerte.

Después del pecado, lo más importante, de estos pasajes es, sin duda, la promesa de la salvación. Dios promete para el futuro el Salvador, el restaurador de lo destruido por aquel acto del hombre. Llegamos al momento de la necesidad de la redención. Jesucristo se hace presente en la gran obra de la Redención, para la remisión de las consecuencias del pecado (lo que nuestros primeros padres no pudieron heredarnos por haberlo perdido), el hombre perdió todos los dones que Dios le participó al momento de la revelación de la vida. No hay nada que hacer, solo reparar las consecuencias, recobrar el estado de gracia o inocencia, purificar las potencias del alma, inteligencia, memoria y voluntad, el amor imperturbable hacia Dios, vivir en la Voluntad Divina.

Con gran ternura Mathilde manifiesta que Dios no dejó al hombre sin respuesta, es como si le dijera: Te has caído, y por haberte caído te he levantado. Promete acompañarlo en la batalla de la redención, que el mismo Dios determinó en la Encarnación del Verbo a través del purísimo vientre de la Santísima Virgen María.

Querida Aseret, después de escuchar a Mathilde sobre la cuestión del pecado original, le confieso que sentí dolor frente al drama de nuestros primeros padres. Nada que agregar a la exposición de la brillante y joven profesora de filosofía.

Faltando un poco para la una de la tarde tomamos un coche de regreso al apartamento de mi admirada Mathilde, durante el trayecto, al notar que llevaba conmigo el libro Cartas a un religioso de Simone Weil, sonriendo me mostró, el libro La espera de Dios, de la misma autora, al tiempo que me comentaba: maestro, hallé en sus páginas un texto subrayado por otro lector, me fue muy útil, a manera de proemio al comenzar la clase. El texto dice: Esa pena del alma es tan grande, me duele que hayan sido nuestros primeros padres los que tienen la culpa de todo, no puedo juzgarlos, su pena es más grande cuando dicen ya no puedo mirarte, yo ensucié mi alma; arrójame donde mi vergüenza se merece.

El proemio atrapo la atención de algunos estudiantes. Tanto interés despertó que pidieron co-

locar la cuestión del pecado entre las líneas de investigación.

Ciertamente, consideró la cuestión como algo que tiene que afrontarse con urgencia, por el hecho de que es causado por una acción humana.

Por la tarde, después de una reparadora siesta, Claudita nos sirvió un delicioso chocolate caliente espeso y cremoso. En ese momento, Mathilde aun comentaba sobre la cuestión del pecado como un acto humano de profundas consecuencias, al tiempo que afirmaba que hoy en día se ha acabado con el coraje y la dignidad de la persona, la destrucción es anónima y las víctimas indefensas. Dios en el silencio, configuran el mundo de Caín.

Claudita indico, es la hora de descansar, algo más de las 10 de la noche.

En la habitación, a punto de comenzar mis devociones, hago un aparte para aconsejarle que se decida al estudio donde exprese el deseo del hombre de volver al estado de gracia. A veces pienso que la filosofía y la ciencia están lejos de ese acercamiento con lo divino, y son columnas de arena que ocultan el espíritu humano. Esto es grave, en el mundo de hoy, la inteligencia está en crisis, y crea mundos desordenados porque el hombre no se ha atrevido a dismantelar del intelecto todo lo que nos aleja de Dios. Solo en la perspectiva de la inseparabilidad de la vida intelectual a Dios, se expande la grandeza del hombre hasta el estado

de justicia original, dotado de la gracia, santificado en la eternidad.

Muy querida Aseret, ciertamente fue un día inolvidable.

Del dolor de nuestros primeros padres no agregaré una palabra más. Rezaré.

Se ha desatado una tormenta.

Jerónimo De La Pira

CARTA IV

12 de agosto de 1996

Muy querida Aseret Mossèn.

Mientras recordaba algunas de las palabras de Mathilde sobre el pecado original, algo que no puede relativizarse por ser un acto libre del hombre y por lo cual el hombre introduce un desorden con perspectiva de muerte en toda la creación, me detuve a pensar en el dolor de nuestros primeros padres, me estremecí al sentir el ritmo lento y profundo del dolor que recorre toda su humanidad y lo abandona al sufrimiento y al dominio de la muerte. No encontré palabras para definirlo.

Esto lo pensaba, mientras hojeaba distraídamente el libro de *La luz apacible*, de Louis de Wohl, que Mathilde ha dejado sobre el escritorio. Conservo un ejemplar de la obra de Louis, bella biografía de Tomás de Aquino, me fue recomendada su lectura por el Padre Giorgio Romo O.P.

La mañana la pasé en la biblioteca.

Querida Aseret, admiro el talento de autores que escribieron amenazados con los peligros de la guerra, otros, en el desasosiego de la sociedad, como Pessoa; en la sociedad-liquida, de Bauman; en la sociedad del vacío, de G.Lipovestsky, en la sociedad del cansancio, de Byung-Chul Han.

Todos estos maestros que nos hablaron de estos mundos culturales creados por el hombre y transversado por la inteligencia humana en postración a causa de la soberbia. Nunca dejo de volver a ellos, en cada relectura encuentro nuevos hallazgos a pesar de las amenazas. Son autores que no nos niegan la esperanza de nuevos mundos con belleza, armonía y justicia original. Sin heridas, sin cansancio, sin vacío, sin pecado, donde es posible que el alma humana perciba a Dios y la Santa Trinidad que mora dentro de nosotros nos llenara de fascinación y de luz. La lástima para aquellos que solo ven lo morfológico, los cuerpos, donde la muerte lo destruirá todo.

Por ahora tengo deseos de releer a Los Miserables de Víctor Hugo.

Por la tarde, visité el restaurante del señor Farid. No había tanta gente. Sobre una mesa hay una taza con lo que resta de un café con leche, un libro que tiene como título “Las playas del espacio”, del escritor Richard Matheson, un ejemplar del encarte —The Canadian Weekly—, un cenicero de vidrio, el mantel verde que parece colocado para mi calma.

De momentos así, como el de ahora, está hecha buena parte de eso que no sé cómo se llama, pero me gusta compartirlo, es algo indescifrable que me invade todo.

Al momento de retirarme me encontré con mi entrañable amigo el ensayista Abilio Sáiz. Noté

la alegría que le produjo este encuentro, y me detuvo para entregarme algo que días atrás había adquirido. Para mi sorpresa era la «Biografía de Santo Tomás de Aquino» de Gilbert Keith Chesterton. Ed. original: Hodder & Stoughton, Londres, 1933, ilustrado con la réplica de Santo Tomás del artista italiano Botticelli.

Todo lo que se trata de Tomás de Aquino me interesa, es el más grande defensor de la inteligencia. En Tomás se resguarda increíble unidad del alma y del cuerpo. Increíble por lo insólita en el mundo natural, tan original que no parece verdad; sin embargo, lo es. Solo desde la unidad, el ser humano goza del amor y la luz que irradia su naturaleza intelectual. Aseret, si me pregunta ¿Cómo se produce esa unión? Ni la ciencia lo sabe, ni la filosofía. No sé explicarlo. La ciencia coloca, incluso la felicidad en las glándulas. Pero, no creo que todo sea hormonal. Todo es interesante y misterioso,

Por ahora, deseo comentarle sobre mis encuentros con amigos que tienen la bondad de invitarme a sus reuniones. Ayer, hacia el mediodía, me visito el Padre dominico Giorgio Romo y el doctor Behrens para comunicarme que han programado un encuentro en la residencia de la señora Clawdia Biset. A las tres de la tarde pasaron por mí el señor Faddei Ziemssen, el doctor Abilio Sáiz y el Padre Vicente Irunzun.

No le he comentado nada de Clawdia Biset. Es una bella mujer de unos 50 años, profesora de filosofía, católica. Aguardaba nuestra llegada trajeada de negro, llevaba un pañuelo de seda blanca muy fino bordeándole el cuello, unos brillantes en los lóbulos de las orejas, no llevaba maquillaje, su palidez no lastimaba su hermosura. Nos condujo a un pequeño salón con confortables butacas y se dispuso a servir un delicioso chocolate que acompañó con galletas, al tiempo que comentaba: Los he esperado con impaciencia, he estado preocupada de la frágil salud del maestro Jerónimo, he leído sus libros y me han dado contacto con las grandes catedrales escritas por los pensadores del periodo escolástico. No dudo que este contacto incentivó más mi apetito intelectual, algunas de sus obras son verdaderos ensayos sobre la moral, la ética, la verdad. En el maestro Jerónimo reconozco una pluma necesaria en el derrumbe actual de la humanidad, sus escritos son un urgente llamado de volver a Tomás de Aquino.

Querida Aseret, mientras entra en calor la reunión (se esperan otros invitados), quiero describirle el —despacho— como llama la doctora Clawdia a este salón, donde será nuestro encuentro de hoy. Es un saloncito grato, muy acogedor, calado de silencio. Clawdia ha hecho de este lugar algo original, digno para conversaciones, oír los clásicos y también cantantes juveniles. El despacho lo pre-

side una imagen al pastel de la virgen María de Guadalupe, pintado por la joven Fabiola Rossi; matiza la espiritualidad del ambiente las flores, entre las orquídeas, lucen bien los toques de las mínimas flores de brisa blanca. Sobre una mesa un pequeño crucifijo, el librito de “las Florecillas” de san Francisco, en palabras de Clawdia, muy sudado por las hermanas Clarisas del Convento de Asís, y una gran ventana. Hay libros bellamente encuadernados (los preferidos del padre de Clawdia), las obras de Santo Tomás de Aquino (con encuadernado de bronce). Pregunté a Clawdia por la fina cubierta, me comentó que es obra de su padre durante los años que trabajó encuadernando libros del siglo XVII. Las obras están cuidadosamente guardadas en un mueble de madera con puertas de vidrio, y otros, libros colocados en estantes de madera descubiertos, las obras completas de Teresa de Jesús, algunos libros de los místicos del Islam, San Juan de la Cruz, Cartas Apostólicas, varios ejemplares de la Rerum Novarum de Su Santidad León XIII, y una bella reproducción en encuadernación cosida de la “Primera Carta a los Corintios” del Apóstol Pablo, perteneció a su padre según palabras de Clawdia, y guardados en un mediano cofre varios cuadernos, todos con escritos de puño y letra de ella. Pues bien, el silencio, los libros, la virgen, el crucifijo, son asomos de que es posible en lugares

como estos llegar a una visión sobre lo humano diferente a la dura antropología materialista que anula toda espiritualidad.

Unos toques muy prudentes sobre la puerta distrajerón mi observación, la señora Clawdia se levantó y se dirigió a la puerta, una señora discretamente se asomó a la entrada y, acto seguido, dio paso el Padre Giorgio Romo y al Padre Eduardo Lecter, ambos dominicos. Luego del saludo, el Padre Romo con inimitable sobriedad —dijo— quiero disculparme por no poder asistir a la reunión de Tosto. Sin ánimo alguno de querer justificarme en estos últimos días, no me he sentido bien por los padecimientos propios de la artritis. Hay días en los que las molestias me hunden en un estado anímico tal, que lo único que quiero es estar acostado. En ocasiones hasta siento escrúpulos de conciencia, pensando que es pereza lo que realmente tengo. Pero Dios sabe bien que no es así. Aparte de eso, en días pasados viví una de las peores experiencias de mi vida, al sufrir una indigestión muy fuerte. Poco a poco voy saliendo de mis males. De todos modos, me complace mucho que podamos tener estos niveles de comunicación, porque en ocasiones es difícil encontrar personas que hablen el mismo lenguaje que uno.

Luego de las disculpas de fray Romo, Clawdia preguntó si querían chocolate o té, el padre Romo, prefirió el té.

Faltando poco para las 5 de la tarde, llegó el periodista Aland Badulf, filósofo y ateo —así lo presento Clawdia— lo acompaña la antropóloga Kadi Ghazali. No crea usted que no me asusta esta interlocutora, la joven antropóloga la conocí en la reunión de Tosto donde ella sostuvo una agria discusión con el doctor Hermes Behrens, brillante médico neurólogo, de espíritu dominico, cuando este salió en defensa de nuestro autor común Tomás de Aquino. Al menos, a esta hora, no deseo alejarme de la antropología que Tomás nos heredó desde la más alta inteligencia, la que no está en la razón sino en el corazón del hombre, la que nos da el poder de sentir a Dios.

Un poco antes de las ocho, Tarcila, asistente de Clawdia anuncia la llegada de Anna Laforet, sobrina de Clawdia, que al presentarla entre los asistentes, refiere que la joven Anna es un prodigio en el violín, formada bajo la tutela de un profesor de la escuela de Raffaella Aleotti. La bondadosa elocuencia de Clawdia, sonrojó a la joven.

El señor Ziemssen se veía reconfortado entre correctos interlocutores, al tiempo que intervino: Quiero pedirles que tratemos durante este encuentro la crisis de la unidad sustancial. (Colocó sobre la mesa un cuadernillo). Les ofrezco este ensayo inédito sobre la cuestión que propongo. Lo trabajé durante años y siempre los peligros de la unidad de alma y cuerpo se van agigantando

en el mundo de las formas separadas, y cada vez más está ausente en los tratados de antropología que reduce lo humano a una realidad material. No se hace referencia a la unión sustancial sino a segmentos irreconciliables, la ciencia lo refiere solo en el cuerpo, sin los atributos de la unidad. No podemos explorar lo que hay dentro y fuera de nosotros, el ser no puede reconocerse a sí mismo, no puede formar su propio yo, ni descubrir los atributos de la libertad, voluntad, inteligencia, no puede unirse a Cristo, y pierde su condición de persona.

El señor Ziemssen terminó este comentario introductorio con estas palabras, ni el filósofo, el científico, ni el progreso ha podido desmenuzar una conciencia, pueden suprimir groseramente el más grande, portentoso e inenarrable misterio de lo humano, el prodigioso único sustancial, culmen de la gran antropología. Pero no pueden desintegrar una conciencia.

Algunas palabras comienzan a cruzarse sobre la delicada cuestión que el señor Ziemssen, de manera sorpresiva sugirió, algunas (¿Necesarias?) otras explicaciones introductorias.

Faddei Ziemssen, animado por la aceptación dada a la cuestión pregunto: ¿Comenzamos? ¿Nos enfrentamos al asunto? Debo confesar que la cuestión sobre la unidad sustancial es difícil de tratar en un mundo que ha visto ya el derrumbamiento de mu-

chos mitos, sistemas, valores engañosos, imperios. Un mundo secularizado que conquista con fuerza a la ciencia poniéndola a despojar a la persona de lo más perfecto: Su unidad sustancial.

El padre Romo agregó que, a pesar de todas las amenazas, no pierdo la esperanza, pues, estoy convencido que cuando el hombre por su intelectualidad decaída crea mundos engañosos, aparece la inteligencia ordenadora que es Jesucristo, para enseñarnos la riqueza que envuelve la palabra persona, y en ocasiones envía claras inteligencias para ordenarnos en cada momento, y en los tiempos de crisis, y proporcionar esperanza cuando el mundo nos vence. Una clara inteligencia es Teresa de Jesús, nos condujo a los confines de nuestro interior y nos colocó delante de Dios. Ese estar delante de Dios, solo es posible como persona. Por su parte, el místico español san Juan de la Cruz, al ver al hombre derribado en la noche, irrumpió en el alma oscura con la luz del Omnipotente. Ese aparecer de Dios en el interior del alma, solo ocurre en el ser personal. Santo Tomás de Aquino, comunicando lo que él ha contemplado, nos da una respuesta magistral, elocuente, digna del ser personal, la dimensión del ser llamada al encuentro con Dios. Todas estas inteligencias llenan nuestro interior del amor imperturbable hacia Dios, alegría gratuita que pertenece al orden de la gracia por Jesucristo.

Fray Romo, con su espíritu dominico, se refirió a la cuestión planteada por Ziemssen, haciendo referencia a Tomás, autor necesario para introducirnos en el mundo de las formas sustanciales, donde se solventa la tiranía del dualismo, como asentamiento de antropologías de la ingratitud. Clawdia exclamó: ¡fray Romo! Esa definición de antropologías de la ingratitud, merece una gran disputa. Disputemos, dijo fray Romo, enseguida inició un debate interesantísimo.

La antropología al despreciar los bienes recibidos de Dios, solo deja desesperanza, la ingratitud ha creado doctrinas en torno al alma humana que convierten a la criatura en un ser abominable (esas abominaciones de los insensatos, no es necesario introducirlas en la disputa de hoy), bajo la presión de la ideología que propone una unidad escindida no es posible construir nada digno, toda la riqueza del orden moral, la vida misma se derrumba. Frente a esto, debemos tener la audacia y es un deber nuestro decir no, cuando lo que está en juego es la persona humana. Esto no equivale en poner límites a esta lógica, ya que a los oídos del hombre moderno la idea de poner límites a la investigación suena como una blasfemia, pero no nos priva admitir que la ciencia tiene un límite, y ese límite es la dignidad del hombre.

Le confieso, señorita Mossèn, la unidad sustancial es una insondable cuestión extremadamente

desafiante para el entendimiento. A mí, en lo particular, me impone un temor reverencial, primeramente por estar convencido de que ese único sustancial solo puede ser creado por Dios, en la unión indivisa de dos principios, uno que alcanza las concentraciones del agua, del fuego, del aire y de la tierra, hasta condensarse en el ser corpóreo más perfecto: el cuerpo humano. Otro principio, que viene desde lo alto, algo divino, el filósofo dice que es algo bonito y para Tomás de Aquino es la participación de Dios en la criatura. El alma humana unida al cuerpo constituye la criatura creada en estado perfecto, sublime, que procede del modelo supremo del hombre. Jesucristo es el mayor misterio de todos, entre todos los seres creados.

En la persona está inscripto el dinamismo de la naturaleza espiritual en orden a la visión de Dios, el fin último, definitivo de la criatura racional — comentó— el padre Vicente Irunzun.

No tema señorita Mossèn, cuando en su intento de conocer lo que es el alma humana, cuando resbale en algún momento sea gnoseológico, ontológico, antropológico, ético y se sienta insignificante, no tema que las grandes cumbres de su inteligencia comenzarán a iluminarla desde todos los ángulos y, poco a poco, en su entendimiento, se irá revelando la persona humana en toda la dimensión de la unidad, que entraña cuerpo y alma o la esencia interior del ser.

Volvamos al encuentro de hoy.

Para Clawdia, Tomás de Aquino, pudo resolver grandes problemas de antropología, se dirigió sobre todo, a la defensa de su doctrina de la unidad sustancial en un escenario conflictivo y desafiante. Así se enfrenta a los que defendían las formas separadas, aceptando al igual que el filósofo como para Aristóteles que no hay ninguna parte de un animal que sea puramente material o puramente inmaterial. Todo ser posee los principios de potencia y acto, para santo Tomás, los dos principios los eleva en el hombre al cuerpo y el alma humana.

Las grandes dificultades que vivió Tomás —comentó el doctor Abilio Sáiz— las solventó con discusiones bien estructuradas de manera sistemática con las corrientes filosóficas de su tiempo. Él no es un intelectual apesadumbrado por el dualismo que la filosofía tiene en germen. Hoy nos corresponde enfrentarnos al drama de la filosofía antropológica moderna, a ese pensamiento que desemboca en una suerte de panteísmo, tan grave como aniquilar una vida.

El padre Irunzun inicia su intervención sobre la cuestión planteada por el señor Ziemssen, de esta manera: La unidad sustancial es un misterio muy profundo, irreductible en su totalidad al mundo natural, la criatura humana cada vez está más imposibilitada para su realidad vital, las amenazas

de disolver lo originariamente humano, el alma intelectual, en un mundo de las formas separadas hace a la criatura humana menos digna, incluso la lleva a perder su dignidad; y la criatura rota por dentro, vacía como una casa deshabitada, pierde el entusiasmo de la fe. Alejada de Dios todas las tentaciones del falso-yo le arrebatan todo y la desolla en el desierto más frío, el desierto del alma, reducida a objeto toda su estructura fácilmente quebrantable, corre el riesgo de cosificarse con consecuencias morales impredecibles. Corresponde a la inteligencia humana, acompañada de la gracia de Jesucristo, volver a su centro vital, a su bella figura profundamente unida en sus principios de alma y cuerpo, como salió del seno de la potencia creadora.

Luego de una breve pausa, el padre Irunzun continuó: Es necesario aceptar un principio de vida inmaterial, incorpórea, incorruptible, subsistente. Ese principio es el alma humana que engloba todo el propósito por el cual Dios manifiesta la vida. En dos operaciones vitales, movimiento y pensamiento. Podemos afirmar que en su naturaleza intelectual el alma humana trae impresa la eternidad, el amor, la belleza, la felicidad anticipada de la visión de la culminación de la vida. El alma humana tiene la fortuna de que Dios venga hacia ella, mejor aún, que le revele su presencia.

Ziemssen manifestó que esclarecer y ahondar en

la comprensión del alma es una cuestión que se hace con frecuencia inaccesible, no por razón de sí misma, sino debido a los enfoques o perspectivas desde las que se parte a la hora de abordarla. Nos han acostumbrado a un olvido de nuestro ser, del individuo, de un aislamiento de Dios. Es como si el hombre hubiera encontrado todo lo humano en el cuerpo, y dejado el alma en la intemperie. Lo que en sí es la vida misma, lo que lo perfecciona, la luz que lo invade e ilumina nuestro mundo interior. Lo que actualiza toda la potencia de la carne. Solo en ese único sustancial se producen las relaciones humanas, la relación que estremece el Yo, el Tú, el Otro y a Dios.

Alguna vez, cuando leyendo al poeta Holderlin, subrayé este texto: Si hombre se entusiasma como un simple cuerpo, la vida misma sería como una chispa que salta del carbón, y se extingue o como cuando se escucha una ráfaga de viento que silba un instante y calla, el entusiasmo desaparece, ahí se queda el ser abandonado en la depresión, la desgracia y hasta el suicidio.

Fray Romo, se refirió a la unión de alma y cuerpo como unión sustancial, es decir, para todo el compuesto.

A este comentario de fray Romo, la doctora Clawdia recordó una coincidencia con ocho siglos de distancia, entre Tomás y Agustín, ambos coinciden en que el alma humana separada de él

es incompleta. Y agregan que el alma humana es nostálgica, cuando está entre el bien, la verdad y la belleza, sufriendo por la ausencia del cuerpo. Cuando está unida al cuerpo siente nostalgia por el recuerdo de una dicha perdida.

No obstante, continuó Fray Romo, el alma humana en cuanto que supera el ser de la materia —cuerpo— es capaz de subsistir por sí y obrar, es subsistente. Su ser no depende del cuerpo, pero en tanto, es una forma intelectual que para conocer necesita el concurso de los sentidos, requiere la unión con un cuerpo. Separada de él es incompleta. El alma otorga el ser al compuesto, de modo tal que no hay en el hombre otro ser que el ser del alma. Pero la completa naturaleza humana no se constituye sin el cuerpo. Este entra en la esencia del hombre. El cuerpo no es un mero accidente, ni es la envoltura carnal del alma. El hombre es la unión substancial de ambos, el cuerpo del hombre, alcanzará la bienaventuranza absoluta, en la resurrección como un cuerpo glorioso.

De nuevo surgen diversos argumentos.

El padre Irunzun, continuó: La visión dividida del ser personal convierte a la criatura humana en el ápice de los vertebrados y mamíferos, y como ápice formando parte del reino animal, aquejada de naturalismo, de temporalidad, desligada de Dios. Su dimensión más profunda, rota, fragmentada, posibilita a la razón abrir la puerta a la

ideología, al transhumanismo, a todos los procesos de deconstrucción de las capacidades físicas y psicológicas que proponen una nueva vida humana, que en el fondo es pasto que puede desecharse como un trozo de novillo en el mundo material y ser pisoteada por los hombres. De tal visión surge un materialismo antropológico, cuyo fin sería “comprar del lobo la carne” (**Job 40,30**) sin su esencia vital —el oro del espíritu— se la disputarán como mercaderes. Pues, el ser personal dividido pierde toda identidad consigo mismo, mengua todo sentido de relación.

Querida Aseret, realmente son inimaginables los procesos de investigación a partir del cuerpo humano que intentan destruir lo más humano la unidad sustancial. Principio constitutivo de la grandeza de la persona, y a aspirar a algún resultado en el nivel científico que afirme la corporeidad del alma humana. Tal confusión antropológica invade de múltiples formas y métodos la esfera de la ciencia, de las artes, de la cultura, al extremo de hacer fijación de lo humano en lo material animal y corpóreo, reductible en su totalidad al mundo a una existencia incompatible con la vida, y esencialmente niega la sujeción a Dios.

Ninguna señal de cambio hay todavía en la modernidad —comentó Clawdia con voz algo lejana—. No hay límites y las pretensiones de la razón moderna son oscuras. No hay hallazgos ligados a una

antropología audaz y original, que irradie mucha luz sobre lo humano; sobre la unidad de alma y de cuerpo. No hay hallazgos ligados a una antropología que defienda la inmortalidad del alma y la resurrección de la carne, y sobre todo la abundancia de la misericordia divina en este reto temporal; de una antropología heroica desplegada en el misterio insondable de Cristo, único lugar de encuentro con el misterio de la persona humana. El hombre en la modernidad ha creado un mundo cerrado, alejado de Dios, y continúa creando mundos culturales de vida inmediata, sin memoria, sin proyecto personal, sin dominio, que entienden la vida como la expresión misma de la exterioridad, sobre un registro humano de vulgaridad, solitario, excluyente, narcisista, incapaz de conocerse a sí mismo, vulnerable bajo la miseria, abrumado con la acción de la propaganda, la difusión de la mentira. La cultura transformada en horror ha hecho del hombre un ser frágil, indefenso sin oposición a la entrada a nuevos códigos de derechos humanos que elevan el suicidio a un legítimo derecho a morir o matar por misericordia. Por ejemplo, es permisible en doctrinas de aborto, la manipulación genética, el matrimonio homosexual, a doctrinas que arruinan la dignidad humana. Es decir, a la apocalíptica ideología de género moralmente decadente, la degradación moral en el campo de la sexualidad humana es espantosa.

Es una cultura que ha dejado a la muerte su última palabra, comentó el doctor Abilio Sáiz.

En este momento, irrumpe la intervención de Clawdia, la presencia de la señora Tarcila, que con movimientos lentos, se disponía a retirar de la mesa las tazas y la jarra del chocolate, que había servido temprano. Se abre la puerta nuevamente para dar paso a la señora Emiliana, quien viene a anunciar que la cena está servida.

Miré la hora, era un poco más de las 10 de la noche. La cena ocurrió en un ambiente totalmente único, familiar.

El señor Ziemssen felicitó a la señora Emiliana, al tiempo que le comento: El pavo estuvo delicioso.

Alrededor de la mesa, el diálogo fluía, hasta que la señorita Kadi Ghazali invadió el ambiente de cordialidad con este comentario: Es impensable, es una locura elevar la teoría de acto y potencia del filósofo a nivel teológico, como lo hizo Tomás de Aquino.

Sus palabras quedaron en el aire como una ofensiva contra el joven fraile, enseguida el padre Romo manifestó: Tomás de Aquino disputa sobre el alma humana, sobre la unión con el cuerpo de manera admirable. Da a sus amigos y enemigos no solo una lección de teología, sino una lección de controversia colosal, cosa que existe en unos hombres y no en otros.

El doctor Behrens respondió de forma escueta: Hasta el momento no encontré nada parecido que supere su idea sobre el único sustancial.

Lo que sugiere la doctora Ghazali, comentó el señor Ziemssen, es el residuo de mentes mezquinas que pretendían y pretenden hacer una degradación del alma y del cuerpo humano.

El doctor Abilio Sáiz recomendó para próximos encuentros tratar la cuestión del hilemorfismo aristotélico, en un intento de buscar entendimiento con la joven antropóloga y agregó: Entendamos que para Santo Tomás de Aquino, la persona, el único sustancial, abre a la vida hacia horizontes eternos.

El señor Faddei Ziemssen estaba regocijado por la riqueza de los argumentos que género su propuesta sobre la unidad sustancial, perspectiva grandiosa que el dualismo (después del pecado original) transgrede y genera debilidad o postración de la naturaleza intelectual.

Lo humano, lo que ha de ser belleza, gloria, amor, drama, visión, santidad, está sumido en una crisis agonal —comentó el Padre Eduardo Lecter— quién puede negar que la existencia aquejada de naturalismo, privado del espíritu, aquejada de temporalidad, es una amenaza frente a los seres semejantes a ella, peligro en el mundo de los seres de naturaleza corpórea, muro infranqueable a la Palabra divina, que la persona afirmada sólo como cuerpo es causa del aborto, de la violencia suicida, que hoy conmociona al mundo. Quién niega que cuando la persona se reduce a un fenómeno na-

tural como el animal, puede matar. En todos los casos la persona se separó del deseo de entender, el deseo de libertad, de inmortalidad y el deseo natural de un fin: Ese fin último es Dios, el único que la unifica, sólo unificada es libre, la libertad es primicia del único sustancial, de la persona.

El padre Vicente Irunzun reafirmó que la libertad, el conocimiento, los actos humanos, la individualidad, la intelectualidad, la subsistencia, la inmortalidad, no resisten las teorías que supriman la unidad sustancial, distintivo de la persona. No obstante, —comentó— el Padre Giorgio Romo, no pienso en absoluto que el proceso del pensamiento moderno posdescartes, la clásica filosofía naturalista e incluso la carrera deshumanizadora de las ciencias actuales, sea irreversible. Estoy verdaderamente convencido de una filosofía sin atadura, desanclada de todo pensamiento que omita el corazón del hombre. Este es uno de los problemas con los que ha de luchar la antropología: Salvar la unidad, salvar la inmortalidad del alma y la resurrección de la carne, aceptar la abundancia de la misericordia divina para rescatar a la persona humana de los que se disponen a devorarla. Solo en unidad de alma y cuerpo, el hombre recibe la gracia del contacto real y directo con Dios. De lo contrario, está abandonada a las querencias del mundo y al azar de las circunstancias. Por eso, son las criaturas las que tienen

que vigilar que no se les haga daño a las criaturas. Sin embargo, Dios no deja al alma humana enteramente a merced del azar de los acontecimientos y del querer del mundo, acotó Clawdia.

Aland Badulf, quien había permanecido todo el tiempo callado y fumando compulsivamente, se levantó —era alto, el más alto de todos los presentes—, volvió a sentarse. Dijo con voz algo irritada por el tabaco: Cada cual se mueve según los argumentos, los filósofos dan zancadas demasiado largas como flamencos, la ciencia camina a saltos como canguros, la religión es un plato sumamente complicado. Si se discute, hay que discutir sin fanatismo. Clawdia me presentó como ateo, así que he permanecido en silencio porque temo que me quemem.

Permítame señor Badulf, mis respetuosas palabras a propósito de su comentario —dijo Clawdia— es posible concebir lo contrario de la existencia de Dios, bien lo dice el Salmo: «Dijo el necio en su corazón: no hay Dios» (14:1). Ciertamente, el ateísmo es una realidad, una inquietante realidad que se necesita darle salida. Permítanme sugerir hacerlo fuera de esta reunión que está llena de inquietudes teológicas. Puede usted señor Badulf preparar un artículo para la discusión o — ¿Por qué no? — enviarnos unas reflexiones sobre la cuestión. ¡Anímese, mi querido amigo! Sería grande su aporte, la apologética como demostración de la existencia

de Dios, y de la verdad de la fe cristiana ha sido progresivamente marginada.

En Tomás Aquino hay argumentos para el debate moralmente permisible, dijo el doctor Hermes.

Muy querida Aseret Mossèn, Tomás de Aquino es una gigantesca cima del pensamiento. La invito a escalar ese Everest y un novedoso horizonte del mundo de las formas sustanciales se abrirá ante usted, y en ese mundo se revelará a sus ojos, una criatura de belleza indescriptible —unión de dos principios: Alma y cuerpo—, el alma o forma, que da el acto de existir al cuerpo, entendida como semejanza del acto de ser del agente divino. Por lo mismo, algo perfecto que confiere al ser la actualidad formal y la plenitud que la sola materia no puede transmitir. La perfección que es característica de la forma se vislumbra, en efecto, en esa propiedad suya de conferir inteligibilidad al ser. Asimismo, dicha perfección o acabamiento que la forma proporciona, se visualiza de modo patente a través de la operación cognoscitiva de la cual ella es principio. Debo decirle, que anterior a Tomás, Aristóteles veía en la forma, el principio de vida, algo bueno, óptimo y apetecible, pues cada cosa está en acto en cuanto tiene forma. Es algo óptimo porque el acto es la perfección de la materia que está en potencia y es su bien. Por consiguiente, se sigue que el bien es apetecible, porque cada cosa apetece su perfección.

El padre Irunzun insistió en el alma o forma como principio de vida, como algo divino porque toda forma es de alguna manera una participación por similitud del ser divino que es acto puro. Es algo divino por ser una participación de Dios en las criaturas por modo de semejanza a Él. Por lo tanto, no se puede hacer antropología sin sujeción a ese algo divino, a Dios.

Señorita Mossèn, proyecte una antropología centrada en la unidad sustancial, resistente a las seducciones del antropomorfismo. Que acepta que el alma es una forma simple, inmaterial, intelectual, desprovista de toda materia, no es corruptible, es una sustancia espiritual, las que más se acercan a la perfección del acto primero.

Mi querida ex alumna, aquí debería finalizar. Pero debo decirle que los argumentos que se han hecho sobre el único sustancial, han sido fecundos aunque no agotados. Le ruego que no los olvide. Prosiga usted creando antropología, no se detenga en lo que no le sirve para nutrir una antropología indispensable y necesaria. Intente buscarla dentro de usted, como Tomás sumérgase en las aguas de la razón y no permita que la conspiración de los monstruos que ella crea la convenzan de la realidad de sus criaturas aberrantes. Libérese de la mente y busque en su interior hasta llegar a la inteligencia, ascienda hasta la más alta inteligencia, sumérgase en la Sabiduría donde se le

revelarán cosas del misterio de la vida y de la vida divina. Y desde ese lugar, como Tomás, escriba sobre el hombre.

Créame que estoy todos los días en fuga de la mente donde Dios es apenas un residuo, y donde, como en el desierto, han crecido y crecen, como los cactus y los huizaches, antropologías volátiles y transitorias que se marchitan en la propia soledad de la razón. Pues, carecen de todo un contexto de misericordia, reparación, piedad, amor y de mucho cultivo de la felicidad del hombre. Las antropologías alejadas de Dios son como esas flores del desierto que pronto desaparecen, porque han sido circunstanciales —estériles— sin frutos, en palabras de Tomás de Aquino: Son solo paja. Muy querida ex alumna, Aseret Mossèn, por su inteligencia manifiesta en su gran apetito intelectual, tengo en usted la esperanza de que la persona humana volverá sobre sí misma, hará un esfuerzo por salvarse, por avanzar, por girar al camino radical de la fe fuerte, para hallar su alma transformada como salió del seno de la Potencia Creadora, y encontrar en ella la fuente divina, la gran belleza, que es el Amor, el mismo Dios. Nos hace falta un poco de tranquilidad, mucha tolerancia y algo de sabiduría. Y todo irá bien.

Señorita Aseret Mossèn, en esa reunión me conmovió la joven Anna. Su rostro de maravi-

lloso dibujo detenido sobre el violín, encantador.

Gratísima tertulia esta,

Jerónimo De La Pira

CARTA V

20 de agosto 1999.

Muy querida Aseret.

Pasan los días y continúo en el hospital, debido a una grave complicación durante mi tratamiento de quimioterapia —doloroso por cierto—, no escapé al contagio de la peste. Los días de mi hospitalización se han prolongado demasiado. No estoy respondiendo con rapidez al tratamiento. Me ha sido todo difícil.

No quiero ocultar este mundo a una joven, ex alumna mía, que decidió entrar en el alma del discurso antropológico.

Querida ex alumna Mossèn, por primera vez, para mí, descubro el hospital como un mundo profundo, misterioso, humano. El contagio lo ha llenado de gente aterrada, me recuerda a los que huyen de la guerra, los que huyen de los nacionalismos en un viaje para unos incierto, para otros de esperanza, pero siempre asediado por el riesgo. Observo que ante el peligro inminente surge entre unos a otros la solidaridad, todos quieren protegerse, todos tienen miedo, inseguridad, tristeza (sentimientos que no consiguen expresar los tratados de antropología materialista). En esta barcaza todos intentan compartirse, hablar, de todos lados llegan noticias enormemente vastas, desgarradoras en torno al

número de muertos y voces penetrantes alcanzan mis sentidos. La aguda voz del enfermero por un parlante desde muy temprano, no deja de anunciar que no hay capacidad para nuevos ingresos. Otro hombre grita en medio de empujones ¡A quienes no se les ha dado ingreso deben trasladarse a otro hospital! Todo es una locura. Todos perdían la batalla contra aquella oscura y mortal amenaza. Solo escucho voces que lloran, que claman por un respirador, voces que se pierden a lo largo de los pasillos reclamando los cadáveres de sus familiares, los cuerpos de sus seres queridos. Ahora mismo, se oye una voz de alguien que llora amargamente, es una voz de mujer a la que le niegan a entregarle el cadáver de su hijo, el grito de aquella mujer, muy agudo y doloroso lo escucho como si su boca estuviera muy cerca de mi oído. Por momentos solo hay silencio, y, de vez en cuando, el ruido de respiraciones sibilantes que pronto se desvanecen.

De repente, un cauteloso movimiento abre la puerta y aparecen en el umbral Fray Marcelino de Cagnoli, el padre Lecter, Faddei Ziemssen, todos en su rostro mostraban preocupación. El Padre Eduardo, al notar que mi estado de ánimo no era tan desfavorable, fue el primero que se animó a hablar. He recogido en mi libreta algunas cosas que he observado en el hospital desde mi llegada. Aquí pasan cosas que no pueden anular la filosofía, ni la ciencia, cosas de profundo contenido

humano que no podemos ignorar quienes nos dedicamos a crear antropología.

Coloco la libreta sobre la mesita lateral y se dejó caer en la cama de acompañante.

Fray Marcelino de Cagnoli, recién llegado de Suramérica, donde permaneció cinco años en una misión asentada en la frontera de Brasil, se sentó en la cama, al lado del padre Eduardo.

De nuevo el grito de la mujer y otros llantos reclamando los cadáveres, llega hasta nosotros. Fray Cagnoli, pregunto: ¿Cómo se puede desvanecer el cuerpo o cadáver de un hombre tan fácilmente? Ziemssen que había permanecido callado, leyendo *La tierra baldía* de Thomas Stearns Eliot, comento: Lo más desagradable y humillante de la pandemia son los cadáveres quemados y la forma como los cuentan en la noticia, sin nombre, tan desamparados y arrebatados de manera tan particularmente trágica, son arrojados como algo desechable. No es considerado como parte del ser personal, que tiene una experiencia espiritual profunda, una vida estoica que soportó las luchas cotidianas, rezó de rodillas, conoció el sufrimiento y la belleza. El cuerpo también es un caudal de espiritualidad desde la visión de la unidad del ser. El padre Eduardo, -comentó- otras de las cosas que he observado al llegar fue a un hombre corriendo por los pasillos, gritaba con su hijo enfermo, tocaba en todas las puertas, pidiendo ayuda

de mil maneras. Vi que el niño se descolgó en sus brazos, y vi que el padre se deslizó al piso, como si se hundiera en un abismo, se quedó tan mudo, pendiente del sufrimiento de los demás más que del suyo. La lucha del padre ante su hijo muerto, fue un momento inquietante. No puedo agregar algo más, porque me siento incapaz de definir con certeza la dimensión del dolor.

Ciertamente, somos incapaces de definir la dimensión del dolor y del amor, tal vez, por esto, faltan voces para recrear la antropología construida en la dinámica del amor, desde lo ético – moral, donde el mismo hombre reflexionándose en y desde su particular circunstancia, es decir, en la contemplación de sí mismo, sin evadir al mundo, consciente de su fragilidad temporal y contingente y, a la vez, consciente de poseer la viva conciencia de la eterna riqueza plenificante, y que en definitiva transparente al ser personal auténtico, todo envuelto en la unidad sustancial. Una antropología que nos asombre con la vida intelectual—comentó fray Cagnoli—, y también que nos maraville con el misterio del cuerpo humano, que cada vez exige más espíritu. Y aún más que revele el ser personal, como una criatura que es capaz de conocer a Dios; de asombrarse con todos sus sentidos frente a la belleza de la Creación, capaz de salir de sí, desnudarse de sí y mirarse en el otro, y volverse a sí. De saber algo de sí mismo,

para saber quién es y construir en la mente una imagen propia. Encontrar esa imagen que Dios conoce de su ser personal, la imagen que está en un cielo secreto, en lo más hondo del alma.

Fray Marcelino de Cagnoli, se extendió explicando la maravillosa realidad de lo humano con abundantes citas del filósofo, del joven fraile Tomás de Aquino y del Santo Padre Karol Wojtyla que, desde Santo Tomás y la fenomenología de Husserl, nos persuade para que en el mundo defendamos lo humano de quienes creen que el fin último del hombre es el polvo, la nada.

De repente, un ruido nos sorprendió, procedía de la sala de emergencia, congestionada por una oleada de enfermos. Una enfermera entró apresurada a mi habitación y ordenó al camarero me trasladara a otro lugar. Me llevaron a una pequeña habitación, era tan pequeña, que parecía un armario (tuve la impresión de que era una especie de depósito donde se guardan inventarios de materiales quirúrgicos), era tan reducido que no dejaba lugar para una ventana.

En ese lugar, estaban conmigo fray Cagnoli y el padre Eduardo. Sentí paz.

Luego que Ziemssen, el padre Lecter y fray Cagnoli, se retiraron, ya a solas y en silencio pensé ¿Será posible escribir una antropología desde el dolor de la pasión humana? En los escenarios de la pandemia, la frontera, el hospital, el socialismo,

la muerte, las virales noticias, el enfermero, los cadáveres, el grito desesperado de una mujer, la crueldad de abandono de los cuerpos, el dolor de los familiares abandonados.

Le prometo que al salir del hospital, me dedicaré a crear antropología desde lo cotidiano, salvar al hombre en medio de lo febril de la vida. Pensar en esa posibilidad me ayuda a aminorar las horas en este ambiente hospitalario.

Queridísima Aseret, en la reunión de Tosto, Ziemssen aconsejo buscar en la criatura humana no solo la evidencia, lo morfológicamente visible, también encontrar en ella la belleza inmaterial, incluso la gloria. Ziemssen, al hablar de la gloria, propone una reflexión antropológica desde la resurrección para entender tanta elevación que puede alcanzar la criatura humana.

Lo que propone Ziemssen es una inquietante tarea para el entendimiento. Aseret, cuestión no fácil de comprender, intentaré proveerle de algunos argumentos sobre tan sutilísima cuestión desde la visión de Santo Tomás de Aquino. Ese autor adorable que nos ha acompañado en todas y cada uno de estas cartas. Trataré de discernir, en lo posible, su vastísimo pensamiento sobre la resurrección.

Dice nuestro fraile: El alma humana es subsistente, posee vida en sí misma, es inmortal. Podríamos pensar que no es sujeto de la resurrección, y que la resurrección mira más al cuerpo que cae des-

pués de la muerte. Pero el alma humana necesita para su perfección, la unión con el *mismo* cuerpo en el que permaneció. Solo podemos hablar de resurrección, si el alma vuelve al mismo cuerpo perfeccionándolo. Bien, cuando el alma es separada del cuerpo es retardada en su pleno impulso y tendencia hacia la visión de la divina esencia, hacia Dios. Pues en el alma de tal modo reposa el deseo del cuerpo, que para su bienaventuranza absolutamente perfecta el alma súplica la perfección del cuerpo, que consiste, ya no en un cuerpo animal sino espiritual. Ese deseo de gozar de Dios en el alma humana es tan desbordante de modo copioso, que tal gozo se provee al cuerpo por redundancia, en cuanto el cuerpo es capaz de recibirlo. En otras palabras, la plena bienaventuranza del alma derramará el vigor a la bienaventuranza del cuerpo y le servirá de gloria a lo que antes fue carne. Puesto que el alma requiere la perfección del cuerpo. Por tanto, en el cuerpo glorioso, no podrá darse cambio alguno contrario a aquella disposición con que el alma lo perfecciona.

El cuerpo glorioso estará completamente sometido al alma glorificada, no solo para que nada en él haya que resista a la voluntad del espíritu, sino también para que haya en él alguna perfección que fluya del alma glorificada en el cuerpo, por la que se vuelva hábil para dicho sometimiento. Esta perfección, nuestro joven fraile Tomás, la llama

dote del cuerpo glorificado. Lo que dice Tomás es que los cuerpos serán lucidos después de la resurrección “brillarán como centellas” (*Sab 3,7*). Esta claridad será causada por la gloria del alma en el cuerpo. La claridad del alma como espíritu se recibirá en el cuerpo como luz corporal. Y así “la gloria del cuerpo manifestará la gloria del alma” (*Sab 8,11*). Lo afirma San Pablo, con gran intuición, cuando dice: “Se siembra cuerpo animal y resucita cuerpo espiritual” (*2 Cor, 15,44*). El alma y el cuerpo, participan de la dote glorificada, la unión sustancial de alma y cuerpo está llamada a la resurrección, a la vida gloriosa.

Mi querida ex alumna, no dudo, que así como Dios creó la naturaleza humana sin defecto alguno, así también la reparará. Por tanto, la naturaleza humana será reducida por la resurrección a su estado de última perfección: La Persona Gloriosa en la eternidad.

Aseret, el culmen de la gran antropología es cuerpo y alma en unidad sustancial. La persona glorificada.

El hombre es un ser excesivamente muy complejo y compuesto. Excesivamente demasiado frágil, un ser condensado en huesos, músculos, nervios y, a la vez, su alma se dilata hasta el punto de tocar todos los seres (cita de memoria de Marguerite Yourcenar). Un ser que tiene la eternidad en su alma, en eso bonito que Tomás lo exaltó a

la participación de Dios en la criatura humana, la más grande participación divina entre los seres creados, como es el alma intelectual.

Querida Aseret, le aconsejo guardar estas palabras: Renaceremos del polvo como lámpara encendida.

Con afecto y admiración,

Jerónimo De La Pira

CARTA VI

8 de septiembre de 1996

Señorita Aseret Mossèn.

Tengo ahora un gran deseo de leer su tesis. Recrearme en una antropología donde se describa todo lo cotidiano, la esplendorosa vida y todo aquello que se manifiesta para la plenitud de la unidad de alma y de cuerpo. Una antropología que no robe del corazón del hombre el deseo de Dios, que fluya hacia la totalidad vital, hacia la clamorosa eternidad. Donde la persona conserva su identidad y actualiza definitivamente su proyecto existencial. Negar esta perspectiva implica despersonalizar al ser humano, reducirlo a la sola dimensión biológica, llevándolo a su aniquilación. La antropología ha olvidado que la vida es maravillosa, que es un plan de felicidad

Muy admirada joven Mossèn, hoy en resguardo de mi cabeza, paso a compartirle alegrías calladas, pero no por ello menos alegrías y, en fin, le comparto la fortuna que tengo de encontrarme en la casa de mi hermana Clarisa. En los momentos está desocupada al cuidado del señor Bernardo, empleado honesto y fiel. Aquí, me ocupo de mi salud, cumplo plenamente las indicaciones médicas, sin perder la costumbre de tener un buen libro cerca de mí. Perdone mi afán de escribirle

—como usted ve en mis cartas—, en un tono familiar mí día a día. Me sienta muy bien hablarle de las cosas que me rodean, esas cosas van alojándose en mi memoria y tomando fuerza que estimula mi apatito intelectual y vuelve a mí el deseo de escribir. Por ahora, me rodea un grato silencio, respiro el fresco olor de tierra húmeda (por la noche ha llovido), y me acompañan las orquídeas solitarias parecidas a las estrellas. Por la amplia ventana puedo ver las ruidosas y coloridas astromelias, crecen como flores silvestres, lucen entre las pequeñas rosas blancas. Recuerdo que aquí, en casa de Clarisa, he leído a sus autores preferidos, entre ellos Simone Weil, Ety Hille-sum, Edith Stein, a Nin, Ajmatova, Hildegarda de Bingen. Todas mujeres geniales, escritoras que han dejado huellas a la humanidad. También he leído a Espinosa, Dante, Aristóteles, San Agustín. Me fascinan las notas marginales que coloca en sus libros, como esta que imprimió en el libro de Lamentaciones de Jeremías “sus lágrimas alumbran”, en el libro de Isaías, remarcó este versículo 54:2-8 “Amplía el espacio de tu carpa”. Imagino que Clarisa compara la carpa de Isaías con el interior del hombre en la búsqueda de sí mismo. En el libro de Job subraya: “la osadía de la fe de Job me conmueve”, es una oración. Querida Aseret, hay que volver siempre a ellos, releerlos y amarlos y evitar siempre autores efímeros.

Clarisa guarda con devoción sus formidables fuentes, esto revela que hay un buen lector, ella lo es. En este lugar he rezado, he sentido que el Padre se vuelve cada vez más cercano y visible.

Sobre una mesa luce un mantel blanco que no admite adornos. A esta hora, un poco antes de las seis de la mañana, puedo contemplar el sol de la alborada que se filtra por la ventana hacia la biblioteca y alcanza un estante de madera con puertas de vidrio iluminando los títulos de los libros. Al trasluz puedo ver el nombre de Margarita Porete, y también aparece rotulado en un libro el nombre de San Juan de la Cruz, otro de Yalal ad-Din Muhammad Rumi, una preciosa edición de La Tora y la Biblia, en otra línea las Cuestiones Selectas de Santo Tomás de Aquino, en los Opúsculos Teológicos sobresalen, entre las páginas del libro, múltiples marcadores. Los primeros rayos del sol parecen detenerse sobre las cubiertas azul índigo de la Suma Teológica, varios libros de los filósofos antiguos, y algunos escritores modernos. No dudo que, a través de estas fuentes, pueda encontrar argumentos para crear antropología. Pasé años sintiendo que tenía que darme ese gusto (ha notado que soy repetitivo en esto). Me encantaría saber que puedo contar con la ayuda de Dios, en esta andanza del pensamiento.

Querida Aseret, hoy es un día apacible para escribirle con la ceremonia que exigen las cartas

manuscritas de puño y letra de quien las escribe, como flaqueo de debilidad para hacerlo, para satisfacerme, opto por la vulgar computadora con sus letras cuadradas. No soy mezquino frente a la tecnología, pues, la máquina, además de ocuparse de la guerra, acepta escribir cartas humanas. Perdona las torpezas de la escritura al tacto, y más le ruego me perdona mi torpeza al escribir una carta con márgenes exactos. Además, la computadora de clarisa, necesita servicio. Insistiré.

A la altura de las seis de la mañana, con firme propósito, me dispongo a escribirle, ahora mismo no sé lo que pretendo escribir. De pronto me acuerdo de algo que leí días atrás en el Evangelio de Mateo. Aparentemente, está relacionado con lo que quiero escribir. Lo que leí es esto: “No hay comparación entre el hombre y los gorriones” **(10,24-33)**. Esto me aconseja escribir sobre lo humano. No dudo que saldrá de aquí un ejercicio que nos hará mucho bien. No olvide su compromiso de alegrar al mundo con una formidable antropología que resuelva la incompatibilidad entre el hombre y los gorriones, quiero decir, entre el *viviente* animal (no intelectual) y el *viviente* intelectual.

¿Tienes a Tomás de Aquino a mano? Este autor es fuente de consulta imprescindible y es lícito acercarnos a él cuando nos corresponde hablar sobre la persona. Tomás nos ofrece un legado

importante, donde hallaremos esa diferencia entre el ser personal y los vivientes de los reinos de la naturaleza, o entre el hombre y los gorriones, Tomás nos demuestra la gran diferencia entre el ser que posee alma intelectual y cuerpo diseñado para ser penetrado de la luz del entendimiento, y los seres que poseen principio de vida no intelectual. Esta diferencia es sensible, como también su modo de obrar y sus actos, su reflexión, su deliberación interior y los atributos de la libertad, inteligencia, memoria y voluntad. Su respuesta a esta cuestión la he leído con detenimiento en las páginas de la Suma contra los gentiles, en el libro IV. La hace desde el fondo de la naturaleza de cada ser, de lo que emana de esa intimísima naturaleza, y puedo imaginar como el asombro se apodera de Tomás, ante el hallazgo de un ser del cual fluye la intelectualidad. Aseret ese ser es la persona, el grado más elevado de vida que posee libertad para obrar. Un ser que se mueve por sí mismo y no es movido por otro, que es dueño de sus actos. Y es capaz de relacionarse con otros seres y de conocer su grandeza: conocerse a sí mismo. Su grado perfecto de vida resulta trascendente porque es capaz de Dios. Es el fin de la generación universal. Nada escapa de la inteligencia especial de santo Tomás de Aquino. En las páginas de su tratado sobre el hombre surge la criatura admirable creada por Dios. El espíritu

tan difícil de describirlo, pero en nuestro joven Tomás no hay nada imposible, magistralmente penetra en el alma humana, algo bonito que tiene vida en sí. Ese algo es subsistente, incorpóreo, incorruptible, intelectual. Y coloca la persona en el plan eterno de Dios, y encuentra en la persona la real posibilidad de unión íntima e interior con Cristo. He ahí la suprema expresión de la dignidad de la persona.

Busquemos pues los volúmenes de la Suma Teológica de Tomás, y transcribamos algunas líneas en solitario. Nos servirán, entre otras cosas, para buscar sobriedad. Hagamos un ejercicio de relectura y, por supuesto de reescritura. Le confieso que hay maneras para ejercitarse mucho y acercar la razón a declaraciones fervientes para las determinaciones finales, sin importar los desafíos que puedas enfrentar.

Faltando poco para las ocho de la mañana, aún permanecía en la biblioteca, leyendo en solitario en la Suma de teología, el tratado sobre la Omnipotencia divina. De vez en cuando, la presencia callada de Bernardo trajinando en el estudio donde me encuentro, me hace compañía.

Rosa anunció la presencia del padre Eduardo Lecter, a quien le expreso mi más ferviente admiración. Es un interlocutor perfecto, con quien se puede dialogar. Trajo con él unos ensayos de antropología de Karol Wojtyla. Me encontró con el

volumen I de la Suma abierto ante mí. Mientras me disponía a colocarlo en su lugar en el estante, le comenté que Tomás de Aquino es un apasionado por la alabanza a la vida, la alabanza al ser, la alabanza de Dios como Creador del mundo. No puedo dejar fuera la frase con la que finalizó Louis de Wohl, la Luz apacible: “Tomás continúa su obra en el cielo”, y me gusta pensar que será así.

Fue una gratisima tertulia, hubo lecturas y charlas interesantes. Me hizo mucho bien este encuentro de Wojtyla y Tomás, dos cumbres del pensamiento necesarias en estos tiempos aciagos que requieren llenar este y todos días del mundo de bendiciones, de palabras que convoquen lo hermoso, la paz, lo sano, lo que prolongue la vida, con la dignidad que tal don merece.

Iniciamos la reunión con cierta inquietud, frente al concepto de Persona, al tiempo que nos preguntamos: ¿Qué podríamos decir que ya no estuviese dicho sobre la persona? ¿Y quién cuántos años atrás y con qué brillo? No obstante, estas inquietudes no nos quitaron los ánimos, enseguida me dirijo a la biblioteca y tomo el Diccionario Teológico de Santo Tomás, autoría de José Martínez Puche. O. P. para precisar el concepto de persona, donde Tomás concreta el profundo y misterioso concepto ya desvelado sustancialmente por Boecio. Con importantes precisiones, afirma que persona significa “sustancia individual

de naturaleza racional”. En verdad, el profundo misterio del singular de naturaleza racional, lo hace un ser ordenado a la trascendencia, o dicho más exactamente, la persona es un ser que vino de la trascendencia, de las manos del Creador. Tomás pareciera hacerse responsable de esa realidad de lo que es la persona humana y la expresa en los principios metafísicos de potencia y acto, que no son opuestos a los principios de cuerpo y alma intelectual, y en la unión de estos elementos coloca lo esencialmente humano. Es innegable que Tomás, al descubrir la persona, ha clavado sus ojos de sabio en el grandioso plan divino de la creación. Primeramente, en Dios como principio y, a su vez, en la marcha de retorno de toda la creación a Dios, como último fin.

Querida ex alumna Aseret, con este proemio, decidimos hacernos cargo del concepto de persona. La voz de Bernardo nos distrae, el buen hombre vino a anunciarnos que el desayuno está servido. Le confieso, querida Aseret, que no hay nada más satisfactorio que un delicioso desayuno preparado por Rosa, quien se esmeró con unas tortillas doradas como el sol, pan artesanal, unos untados con mantequilla y otros con almíbar de manzanas con azúcar de verdad, jugo de naranjas. Después del desayuno permanecemos sentados alrededor de la mesa conversando sobre la cuestión y, de vez en cuando, tomando café.

El padre Lecter expuso algunas ideas sobre el concepto de persona, desde su visión wojtyliana. Para Wojtyla es un concepto pluridimensional, en este término encontramos un rasgo perdurable en el misterio de la Santísima Trinidad y el misterio de la Encarnación (esta perspectiva, hoy en día, se pasa por alto).

Ciertamente, agregué el rasgo del misterio trinitario en el ser personal, ya que lo hace irreductible en su totalidad al mundo.

Por lo que no puede distanciarse del misterio trinitario –continuó el padre Eduardo– por lo que no puede comprenderse en el mundo de las formas separadas. La persona es un ser natural, pero no con el cerrojo que le ha impuesto la ciencia, la filosofía materialista, a las mejores y más importantes realidades, como la espiritual.

Autores como Wojtyla y Tomás de Aquino, no dejan fuera la belleza de la totalidad del ser personal, del único sustancial llamado a la gloria, como lo anuncia Pablo en la Carta a los Romanos «la redención del cuerpo y del alma» (**8, 23**), y en la Carta a los Corintios (**1Cor 15, 42-49**) el cumplimiento de esta redención en la futura resurrección.

Lo expuesto en el aspecto anterior, nos afirma que en el análisis de la persona a la que Tomás y Wojtyla se refieren, no lo despojan del misterio trinitario y el misterio de Cristo, donde se abre la puerta al espacio donde el entendimiento calma

la sed del saber y, desde ese espacio, expresan la dimensión personal en los principios de un alma intelectual, inmortal, subsistente y de un cuerpo, lo que santo Tomás define como “actualidad de toda cosa”, diseñado para la unión a un alma inteligente, y en la unión sustancial de ambos, constituyen lo humano, la criatura más perfecta. Querida señorita Mossèn, la dimensión del único sustancial, para definir lo humano, es un acto audaz para pensar en dar vida a la antropología, incluso en los grandes castillos de filosofía, y de ciencia. Se ha de ser audaz para hablar de la persona en este sentido y, más aún, hablar de un ser que está predestinado a la santidad. Por faltarnos audacia en el conocimiento del ser personal, los problemas que el hombre se plantea acerca de sí mismo, han alcanzado en la actualidad el máximo punto que registra la historia por nosotros conocida. Es un momento en que el hombre se ha confesado que tiene menos que nunca un conocimiento riguroso de lo que es, sin que le espante ninguna respuesta posible a esta cuestión. No obstante, no desaparece en el pensamiento humano, un aliento siempre nuevo de conocerse a sí mismo. El coraje de plantearse este problema esencial de un modo nuevo, sin sujeción consciente —o sólo a medias consciente— a una tradición teológica, filosófica y científica, como es lo usual. El valor de desenvolver una nueva

forma de la conciencia y de la intuición de sí mismo, aprovechando a la vez los ricos tesoros de saber especializado, que han labrado las distintas ciencias del hombre.

El concepto de persona en los principios de un alma inmaterial o incorpóreo, subsistente, intelectual e incorruptible, y un cuerpo o actualidad de la existencia, en unidad, no está aislado, del misterio trinitario y el misterio de Cristo. El alma se hace impenetrable, si no penetramos en el misterio, incluso el cuerpo, no puede definirse, porque ese cuerpo que es «corruptible», lleva en sí la aspiración a convertirse en «lleno de poder» y «espiritual», al estar penetrado de la potente naturaleza espiritual del alma humana. Tomás encuentra en la potencialidad de la unión sustancial, la potencia de «incorruptibilidad» en el cuerpo, llamado al igual que el alma a la vida gloriosa. Alma y cuerpo, la persona en su integralidad, es un ser impenetrable para un alma desamparada, alejada de Dios.

La vida mantenida en lo material —el cuerpo—, lo que la cosa es, sin posibilidad de encontrarse con su principio vital, el alma humana, es un caos. Sus actos no son humanos, carece de una finalidad, y si no está presente en la acción humana, no hay moral, y por lo tanto, la intelectualidad del hombre participada al ser por voluntad divina, para crear mundos buenos, solo produce drama, tragedia y desdicha.

No es tarea fácil escribir sobre la persona, créame usted, que cuando lo hago, invoco a la Santa Trinidad, para penetrar en el misterio de la persona humana. No solo en su principio subsistente por poseer vida en sí misma y al mismo tiempo, comprender el misterio material corpóreo, que en la unión sustancial exige constantemente más espíritu para que sus actos sean más humanos, en una dinámica moral. Solo de esta manera el hombre que por su intelectualidad es capaz de crear el mundo del encuentro con el otro que nos aguarda con los brazos abiertos, y del diálogo penitencial con Dios. Mundos de justicia, de armonía, un lugar habitable, y evitar la desproporción moral hacia donde se dirige la humanidad.

Muy querida Aseret, en la modernidad hay cantidad de nociones sobre la persona situadas todas ellas en la misma categoría de las formas separadas, que consideran la persona como sustancia extensa —el cuerpo— y una sustancia pensante —el alma—, sin constituir un único sustancial. Es tiempo de terminar radicalmente con el mundo de las formas separadas, con todo lo que brota de esta corriente, sus ideas, teorías e ideologías que brotan aquí o allá, no con la intención de definir la persona, sino orientando a la construcción cultural (es decir, no natural) donde la persona es algo que es reductible al mundo, que impone formas totalitarias, una forma de ver y

vivir sin plenitud. En el mundo de las formas separadas estamos frente a una verdadera escalada de subversión cultural, de ideología, relativismo, ateísmo, no tienen como centro la persona. El acento está puesto en la desconstrucción de lo *humanum*, en su versión más ortodoxa, carentes por sí mismas de significación.

Señorita Aseret, no hemos aprendido la lección de tantos siglos del cristianismo, de la doctrina de la iglesia incardinada al plan divino, de la más hermosa antropología, de la Patrística, de la Escolástica Medieval, la magnífica herencia filosófica y teológica, el legado de los místicos universales y de filósofos de la modernidad como Karol Wojtyła, Edith Stein, Husserl (entre otros). Tampoco de los documentos Conciliares, inagotables fuentes de humanismo cristiano (a los que siempre hay que volver) para alcanzar en alguna medida el concepto más preciso de la categoría de la persona como concepto-clave en la controversias del pasado y en el mundo actual. Hoy se levanta frente a nosotros, y frente a la humanidad, la ideología que ha ganado el paso a la filosofía y a la ciencia, e intenta herir dos mil años de cristianismo.

Faltando poco para las 10 de la mañana, Rosa interrumpe para anunciar la llegada de Clawdia y Faddei Ziemssen. A los pocos minutos, Bernardo anuncia la llegada del doctor Hermes Behrens y Fray Marcelino Cagnoli, invitado por el doctor Sáiz, quien también se hizo presente.

Que providencial acompañamiento. Luego de afectuosos abrazos de bienvenida y servido un espumoso café con leche, el padre Eduardo y yo, invitamos a los recién llegados a librar argumentos sobre la persona. Les comentamos que en el momento Tomás y Wojtyła, eran nuestras fuentes. Ellos agregaron a Husserl y Edith Stein. Por lo pronto, —intervino el doctor Abilio Sáiz—, siempre me he preguntado, por qué el nombre de persona no forma parte del canon de la Escritura, ni lo menciona santo Tomás en el tratado sobre el hombre, aunque sí lo alude cuando se refiere al misterio trinitario y en el tratado de Cristo. No obstante, el tratado del hombre no es incompatible a esta verdad teológica, es un sensible tratado de la dimensión personal que gira en torno a Dios Creador.

Clawdia lo interrumpió, refiriéndose al Doctor Sáiz, respondió a su inquietud: Ciertamente la palabra persona no aparece en los lugares que usted señala, no olvidemos que en la Escritura la palabra hombre se refiere a lo humano —varón y mujer—, no obstante, está implícita la dimensión personal.

El señor Ziemssen interviene con la intención de colocar el concepto persona en un valor absoluto. Veamos, dijo: Los antiguos griegos representan la persona en la comedia, con personajes que llevan la máscara o prosopón, el enmascaramiento. Decreta la condición de persona o prosopa

y es el privilegio de pocos. Visto así, el término es relativo, envuelve un matiz despectivo. El ser persona no se decreta. Por la relatividad que adoptaba el concepto comenzó a ser rechazado, al negarse darle al concepto de persona el mismo valor de la palabra *prosopon*, con la que se reconoce la máscara teatral. Pues, persona es, de suyo, un concepto absoluto.

Luego, el concepto de persona se traslada al s. II, ahora, enlazado a Dios en la majestad de la Tri-personalidad divina, en una historia salvífica que rebosa de entusiasmo y amor para vivir en sujeción a Dios. Esta originalidad antropológica, sobrenatural de la revelación, que en el Antiguo Testamento constituye al hombre como criatura de Dios, libre, dueño de sus actos, como dice el Eclesiastés (**15, 14**) y lo constituye en el Nuevo Testamento en Nueva criatura, en y para Jesucristo. Como dice San Pablo en Efesios: Vivir en la inspiración de Cristo una vida en toda su realidad humana, una nueva criatura que mueva su voluntad en la búsqueda del misterio de su propia existencia, y de los hermanos en el realismo pleno de las cosas donde está presente su *existencia* (**cf. Ef. 6,20**). Solo pretendo subrayar lo que manifestó Clawdia, esto es el hombre en su dimensión personal en la Escritura.

Fray Marcelino de Cagnoli agregó que para la comprensión de ese ser personal, primeramente,

no encerrar entre los reinos de seres corruptibles (o brutos a decir de Tomás) por ser la persona de naturaleza intelectual. Segundo, nos invita a volver la mirada a Boecio (+524), teólogo y filósofo del periodo Patrístico, que la coloca en una relevante visión, al expresarla como *rationalis naturae individua substantia*, en esta definición expresa la individualidad como distintivo de la persona, en cuanto ser sustancia que posee una naturaleza racional o espiritual. Lo que nos lleva a una tercera precisión: La dimensión de un único sustancial. Por cierto, esta definición “sustancia individual de naturaleza racional”, fue muy discutida por la escuela franciscana, al considerar que no puede aplicarse el término persona a Dios y a las criaturas, en el mismo sentido. Si bien, subsistir en la naturaleza racional es de la máxima dignidad, su significado no puede aplicarse a Dios persona, no debe olvidarse que la naturaleza divina supera toda dignidad. Por lo tanto, Dios no puede ser llamado naturaleza racional en cuanto no implica proceso discursivo, sino naturaleza intelectual. Igualmente, la palabra individuo no puede corresponderle a Dios, porque individuo es referido a la materia como principio de individuación. Se aplica a Dios sólo en cuanto que implica incomunicabilidad (todo individuo es incomunicable). Ahora bien, la palabra sustancia le corresponde a Dios en cuanto que significa exis-

tir en sí mismo. Por tal motivo, algunos teólogos, entre ellos Ricardo de San Víctor, dice que en la definición de Boecio, persona es la sustancia individual de naturaleza racional, por lo que no se corresponde a una definición de persona en el sentido en el que lo atribuimos a Dios. Por lo cual, queriendo corregir la definición de Boecio, dijo que persona, aplicado a Dios, es la existencia incomunicable de la naturaleza divina y, aplicado a la persona humana, es existencia incomunicable de naturaleza intelectual. Lo más genial de todos los pensadores de la época, es haber puesto en claro que precisamente la incomunicabilidad es faceta esencial del concepto de persona.

Faddei Ziemssen, —comentó con un dogmatismo característico en él—: Tomás, teniendo sin duda, la imagen precisa de las personas divinas, de las ideas trinitaria y de la Encarnación, las ideas de Boecio, de Ricardo de San Víctor, de los Maestros (agustinos), mantiene la idea de Boecio: la persona es el singular que subsiste en la naturaleza racional. Lo singular es lo intransferible, lo incomunicable, la naturaleza racional es lo participado por la gracia.

El padre Lecter indicó que no se llama persona a cualquier individuo, sino al individuo concreto, el compuesto resultante a partir de la unión de potencia y acto, en la persona es la unión de alma y cuerpo, alcanzado por la intelectualidad, por la luz.

Al final de la mañana, cuando Rosa anuncia que el almuerzo está listo, Clawdia, que había permanecido callada, dio una muy sutil respuesta. La persona –dijo– es imposible definirla sin la unidad de alma y cuerpo, sin la unidad que ha de alcanzar dentro de sí misma, la unidad de fondo, la unión íntima con Cristo y también debemos definirla como un ser natural, inteligente, dueña de sus actos porque es libre. Quiero decir que al hablar de la persona nos estamos refiriendo al ser más enaltecido en la creación, el deseo de luz en ella, la llena de luz como farolas encendidas bajo el cielo, del que no se puede sustraer por su sujeción formidable.

En el extraordinario contexto del concepto de individuo, singular, intransferencia, intelectualidad participada por la gracia, para hallar la inteligencia pura, Tomás escribió: Dios su Creador, encontró la clave para comprender la persona desde el mundo natural, y trascender la realidad hacia la vida bienaventurada.

Mi muy querida Aseret es increíble el grado en que se ha perdido el sentido de la palabra persona. Debemos mirar con detenimiento las vastísimas fuentes del pensamiento que han iluminado lo humano en la dimensión personal. Tomás de Aquino es un fuente valiosísima para todo creador de antropología. Nos aconseja re-encontrar el orden personal en el misterio Trinitario no

como filósofo, sino como creyente, si cabe, mejor conocido y más explícito, a partir del conocimiento de un singular infinito que llamamos Dios. Como puede observar usted, Tomás va más allá del presunto espíritu del actor trágico del anfiteatro griego, cuando se calaba la máscara impasible. Más allá de los que piensan que la naturaleza crea, opera y dispone, fuerzas para dar vida al alma humana, y que solo en la naturaleza están las respuestas para explicar la increíble criatura viviente animal racional creada por la misma naturaleza, Tomás va más allá. Va al Creador. Va a Cristo.

El Padre Eduardo con optimismo me recuerda que, al igual que nuestro autor dominico, Wojtyla en un diálogo entre Tomás de Aquino y Husserl, recobra la cuestión del ser personal de antropologías materialistas que hacen del concepto de persona algo de valor relativo. Manifestó la urgencia de reafirmar el concepto de persona con valor absoluto, de alejarnos de toda definición de persona que excluya la posibilidad de manifestar un todo único, un único substancial, de todo lo que convierte a la persona humana en un objeto.

¡En gran angustia se halla la inteligencia!

Señorita Mossèn, en días pasados, por cierto, le dije que nos haría bien una lectura de El hombre y su destino, de ese talentoso escritor Karol Wojtyla. También creo que para los dos es bueno

releer la cuestión de Las personas divinas en la Suma Teológica. Como eres católica, de la confesión romana, no le costará ningún esfuerzo comprender lo que nos quieren decir los maestros que hemos escogido para que sean nuestros orientadores. Me refiero muy querida Aseret, escribir lejos del antropomorfismo, que ha generado la profunda soledad de la criatura humana, el ser que tiene un hambre que es mayor que aquella que el pan puede saciar. El hambre que posee el corazón humano que le ha participado la misericordia de Dios.

Aseret, no puedo dejar fuera de esta página, las palabras de Clawdia revelando el mundo donde Dios colocó a su amada criatura. El mundo — dijo— es un desgarramiento del Paraíso de gozo, una franja delgada desprendida del Paraíso, en la Noche del pecado.

Prometo hacer el esfuerzo de escribir sobre la cuestión del lugar del hombre en el cosmos.

Sobre el escritorio, los placeres del correo, libro de S. Mallarmé, leámoslo.

Afectísimo,

Jerónimo De La Pira.

CARTA VII

2 de octubre de 1996

Mi entrañable Aseret Mossèn.

Me siento cómodo frente a estos papeles en blanco esperando por mí. Cuando me dispongo a escribir lo hago como el artista frente al lienzo, con disciplina y esmerado respeto. Escribir es una forma de pintar mi pensamiento sobre la hoja en blanco, a veces armonioso, otras torpe.

Es un poco más de las 4 de la tarde, ha comenzado a llover, y no es que esa agua no sea bienvenida, es muy lindo que mientras me dedico a escribirle, Dios me dedique un rato de lluvia.

Rosa, tan callada como siempre, luego de cerrar las ventanas, se dispuso a servirme una comida frugal: yogurt y fresas. Apenas, al probarlas, me pareció excelente. Muy discreta, rompió su silencio con comentarios sobre el tiempo, al notar que estaba soñoliento, se retiró. A solas quería leer un poco, no es cierto que no haya leído, pero me quedé dormido.

Después de este breve descanso, quiero comentarle que hace algunos días asistí a una reunión en casa de Clawdia. Al llegar observé delante de la imagen de la Virgen, rosas blancas, testigos de la devoción mariana de Clawdia. Se encuentran ahí también, junto a las flores, la Biblia y una pintura

de San José. Sobre la mesa central reposaba el libro titulado Comentarios al Evangelio San Mateo de Santo Tomás de Aquino y el Desfiladero de Martín Buber.

En el despacho de Clawdia, ya se encontraba Aland Badulf y el dominico Eduardo Lecter.

Emiliana, voluptuosa y ágil como un cisne, toma los libros de la mesa, y coloca en su lugar una bonitas tazas blancas y una preciosa jarra del mismo color, y se dispuso a servir un oloroso café con leche. Largas horas pasaron entre cafés y fuertes discusiones, por momentos, las disputas eran duros enfrentamientos.

De ese encuentro quiero escribirle en esta carta. Aland Badulf, inicia la reunión, le recuerdo que el periodista Badulf viene de la escuela del humanismo ateo, sus palabras, describen al hombre como un ser que necesariamente es arreligioso, la desaparición de Dios es indispensable para que el hombre se realice. Esta corriente como un ladrón nos arrebató todo, la ausencia de Dios es un desierto donde el hombre permanece todo roto y deshecho. Asimismo, al estar centrada en el hombre arreligioso, el ser del hombre no posee la unidad, que solo Dios puede lograrla. Badulf hace de la piedad, la salvación, la gracia, la redención, el señorío de Jesucristo. Es como lo más parecido a ideas falsas o que no suscitan ya nada y, por lo tanto, les da contenido político (justicia y paz).

Se trata de una cuestión guiada a una creencia en el progreso, a una autonomía sin ningún límite, ningún valor, ninguna ley. El hombre solo es responsable ante sí mismo.

Querida Aseret, no dudo, que vivimos bajo una concepción materialista de la vida. Procuro mantenerme dentro del mundo donde el valor de la piedad, salvación, gracia, redención, son manifestaciones del señorío de Jesucristo. Me gusta vivir en un mundo pleno de Dios. En el mundo de la unidad sustancial; de la vida intelectual trascendente, racional, espiritual, comunitaria, en libertad. En un mundo donde la criatura se relacione con Dios, de persona a persona, con los seres corpóreos y consigo misma, vivir en el mundo de la Caída, de la Redención, de la gracia, de la Ley y del amor, y ordenado a un fin último: la Bienaventuranza. Un mundo de la responsabilidad frente al deber y la culpa. Los remordimientos y la confesión. El perdón y los buenos propósitos. El amor y el respeto. La Biblia y la sabiduría. Quiero mantenerme dentro de ese mundo donde la vida es clara, limpia, bella y ordenada. En ese mundo existe Navidad para el nacimiento de Dios en nosotros y Semana Santa con el gran valor moral de la redención.

El Padre Lester —comentó—, el hombre que vive bajo la presión de un materialismo no intelectual o filosófico, sino concreto asociado a

comodidades, nivel de vida, prolongación de la vida, y a una creencia en el progreso. Todo se sitúa a nivel histórico y sociológico, sin decir nada sobre Jesucristo. Lo que significa que el cristianismo ya no es la referencia en la escala de valores comunes. Para problemas difíciles no se tienen en cuenta para nada los juicios espirituales o éticos de la fe cristiana.

Luego de una pausa, Eduardo, le habló al periodista Badulf de otros conceptos emitidos por usted, y me permito hacer otros comentarios. Señor Badulf cuando usted asume la afirmación del sofista griego Protágoras: “El hombre es la medida de todas las cosas”, asume usted, que todo es relativo, como el hombre mismo. El hombre es, a la vez, juez y parte. Y así mismo, todo acontece en este tiempo: El hombre está rigurosamente limitado por su nacimiento y su muerte. Su vida no guarda relación alguna con algo superior a ella donde no existe lo trascendente. Todo, por consiguiente, se juega en este tiempo. Por tanto, su vida en el mundo natural, adquiere una importancia extraordinaria. Pues, ese bien supremo — la vida—, está amenazado por la muerte. Al final, todo está fugado, todo está perdido. Solo se le concede un tiempo preciso para que el hombre logre realizar su vida, que si no lo logra, todo ha fracasado y no hay compensación posible. Y al mismo tiempo, ese bien que es la vida debe hallar

un sentido en sí misma. Ahora bien, puesto que el hombre es la medida de todas las cosas, él no puede concederle un valor a su propia vida, sería completamente artificial. Lo que cabe entonces es colmar la vida de felicidades terrenales. Solo la felicidad concede un sentido a la vida. No puede haber otro, puesto que, solo en último término, el hombre encuentra en la felicidad, como fenómeno objetivo, el sentido de la vida. Un sentido que se disuelve en una felicidad intramundana, en la nada. Lo arreligioso no es más que una concepción materialista que no juzga nada en relación con el absoluto, o en relación con una revelación o una trascendencia.

En medio de la disputa, damos la bienvenida a la doctora Kadi. Observé que estaba advertida de la cuestión que se traía Aland Badulf para la disputa de ese día.

Badulf continúa defendiendo su opinión del hombre como un ser que necesariamente es arreligioso. Parecía no agotarse la defensa de su sentencia, y luego pasa a otra cuestión no menos contraria al humanismo cristiano. Sin miramiento alguno, afirma que desde el principio el hombre es autónomo.

Aseret, no pude contenerme, y rigurosamente apegado a la defensa de la libertad, le recordé al señor Aland Badulf, lo que dice la Palabra en el libro del Eclesiastés: “Dios desde el principio le

dio libertad” (15:14), y agregué: Señor Aland Badulf, usted involucra, sin prever los riesgos, dos palabras —libertad y autonomía—, una cuestión delicada que merece ser argumentada sin cortapisas de inclinaciones conceptuales.

Badulf se limitó a encender un cigarrillo, y se dirigió a Clawdia para pedirle le ordenara a Emiliana que le sirviera otro café. Al acercarse Emiliana, le dijo: Por favor, café negro. De inmediato, reafirmó en tono colérico: ¡El hombre es autónomo! El hombre tiene en sí, su propia ley, o bien se dicta la ley a sí mismo, ningún límite, ningún valor ¡No es responsable, sino ante sí mismo! No tiene que obedecer a ninguna ley objetiva ni eterna ni material. Tampoco tiene que responder por lo que hace, ante una instancia suprema. Solo su decisión importa. Él decide el contenido de la moral y, por consiguiente, lo que está permitido o no. Nada lo obliga a actuar en un sentido u otro. Lo que hoy no es posible o permitido, lo será mañana, seguramente. Se trata de una simple cuestión de evolución de las costumbres, sin que tal evolución tenga que ser guiada o modificada por un imperativo absoluto.

Ziemssen se levantó y permaneció en silencio ojeando el libro del Comentario al Evangelio de Mateo de Santo Tomás de Aquino.

Señorita Mossèn la filosofía y la ciencia, incluso la teología racional, así como la antropología, han cambiado la libertad por autonomía, ya no se trata

del libre arbitrio (*Ecl. 15,14*). Un bien de la naturaleza intelectual, el libre arbitrio, la capacidad de elegir evitando que el mal se filtre entre sus sentimientos, y dejarse llevar por la ignorancia, la debilidad o apetito de algún otro bien que lo haga despreciar a Dios, por no querer someterse a su autoridad y a su ley. El libre arbitrio nos permite elegir entre cosas diversas, pero como somos dueños del bien intelectual, la forma más excelente, lo esperado en la obra divina de ese don participado al hombre, no es otra que la criatura elija en libertad hacia el bien Sumo. El apetito desordenado del libre albedrío y su apetencia por bienes contrarios a la moral, produce desorden de la propia dignidad, y todas las apetencias de la naturaleza humana al suprimir la sujeción a Dios. Situación que trasgrede la armonía constitutiva de la justicia original, y además genera una crisis de la inteligencia, al dejar en estado de debilidad o postración, la operación cognoscitiva del alma humana. La autonomía ilimitada, no tiene una condición religiosa sino científica, y abandona el tipo de pensamiento mítico o religioso para desarrollar una actitud nueva. La ciencia ha demostrado que no hay dioses en parte alguna. El hombre moderno es libre de aceptar o de rechazar, este se realiza acudiendo al Estado industrial, técnico, científico, y se ha proyectado en un progreso incesantemente acelerado, en mutaciones indecibles.

El padre Eduardo Lester afrontó de nuevo al señor Badulf de este modo: Cuando usted plantea que el hombre es la medida de todas las cosas. Entonces es absolutamente necesario que el hombre sea bueno, puesto que es la medida de todas las cosas, puesto que es su propio dueño, puesto que asume la dirección de todo. Si el hombre fuera malo resultaría imposible vivir en un mundo en el que el mal tiene tanto dominio. Resultaría delirante si el hombre fuera la medida de todas las cosas, y la medida fuera errónea. La bondad del hombre (convicción profundamente enraizada en nuestros contemporáneos), entraña dos consecuencias. En primer lugar, cuando el mal se manifiesta no es culpa del hombre (porque es bueno), entonces se busca la culpa en las instituciones, la sociedad, la educación, el sistema económico (el capitalismo), la ruptura en clases, la burocracia, he aquí de donde proviene el mal. Pongamos al hombre en un marco, sea libre, sea libertario, o justo, sea igualitario y todo funcionara perfectamente puesto que el hombre es bueno.

La otra consecuencia es la afirmación, según la cual, todo lo que sea normal, es decir, lo que represente a una mayoría de personas, lo que se considera en un grupo como la opinión o la actitud válida por sí, es bueno, es moral. Lo cual viene a confirmar la idea de que, formalmente, todo es lícito.

Muy querida señorita Aseret Mossèn, el relativismo del señor Aland Badulf, me aturde, me provoca cierta pena.

Ese día a las 8 y veinte minutos de la noche, me retiré. A solas, en casa, para salir del aturdimiento que me provoca el relativismo y el ateísmo, me dediqué a leer algunos pasajes del libro la “Imitación de Cristo”, de Tomás de Kempis. Es una lectura imprescindible, contiene verdaderos consejos.

Bernardo y Rosa se vinieron a mi estudio. Anuncian que amenaza una fuerte tempestad. Se disponen hacerme compañía y permanecen callados, oyendo los coros de la Pasión según San Mateo, de Johan Sebastián Bach.

De repente nos sorprende la llegada del doctor Hermes Behrens, estaba empapado por la lluvia que lo alcanzó al cruzar la calle. Bernardo y Rosa se dispusieron a recibirlo. Rosa se retiró, y de seguido, se presentó con dos tazas grandes de café con leche y bizcochos de manzana y avena, esponjosos y ligeros.

El Doctor Behrens, manifestaba que apenas iba concluyendo su actividad en la universidad: He permanecido hasta tarde en la biblioteca. Se me ha asignado un nuevo trabajo que consistirá en analizar el Evangelio de Mateo. Al momento que decía esto, me entregó varias páginas escritas, y me solicitó ayuda. No dudé en aceptar tan gentil

invitación. Para animar su voluntad hice algunos comentarios al respecto.

El Evangelio de Mateo en el memorable Sermón de la Montaña, hace la narración más bella que existe. Mateo, nos presenta a Dios en su Montaña Santa con la humanidad en la base. Narra la condición original del hombre. Abre las puertas del Reino a los pobres del espíritu, a los débiles y a los que lloran. A los que tienen sed de justicia, a los misericordiosos, a los limpios de corazón y a los pacíficos. También al hombre de autonomía ilimitada, al arreligioso, al relativista, al oprimido en mutaciones indecibles de la ciencia y la tecnología. También al ateo, al hombre que se define como medida de todo y al bueno selectivo. Pues, en el discurso Jesús, se posesionó de todo corazón humano, lo llenó de gracia el dinamismo del amor, avivó el espíritu de los abatidos y del ánimo de los humillados. El Verbo Encarnado enseñó a los bienaventurados los principio de libertad (no de autonomía) para ir caminando a la felicidad y a Dios. Así mismo, dio un valor moral a la pobreza.

Aseret, seguramente pudo haber notado que he hecho algunas puntadas con los comentarios de Badulf.

El doctor Behrens, con un discreto gesto de sus manos, me solicitó permiso para intervenir. La pobreza moral, a la que se refiere Jesús en el Sermón, es la humildad. Jesús no limita la pobreza

a la esfera de lo sensible, a la cuna de paja, la gruta oscura o las ovejas. La pobreza moral no la circunscribe a los que viven en la pobreza material. En las bienaventuranzas Cristo se refiere a los pobres de espíritu, a los más justos entre los justos. A los humildes, desde el nivel primero de la humildad hasta el último nivel, como rigurosamente desarrolla la Regla benedictina. Esta Regla se debe estudiar para el debate formal frente a las ideas falsas que da a la pobreza un contenido político, al circunscribirla en los que viven en pobreza material, para manipular ideológicamente al hombre.

El Sermón de la Montaña es tan elevado de contenido, como penetrado de verdadera poesía. Mateo reúne y enlaza las palabras que fueron pronunciadas por Jesús, no solo como predica. Lo hace de tal forma, que mantiene en estrecha unión, el alma de la criatura con el alma divina de Jesucristo.

En este improvisado encuentro el diálogo se hizo fecundo. Al desaparecer la amenaza de la tormenta, el doctor Behrens se retiró.

Por la noche he leído algunas páginas del Comentario al Evangelio de Mateo, de Santo Tomás de Aquino. El joven fraile comunica las palabras auténticas del Apóstol, la narración de las Bienaventuranzas y la Pasión. Con lo cual convierten el Comentario, prácticamente en el tamaño de un

poema. Mateo es el apóstol que nos invita a entrar a nuestro interior **(6:6)**, al aposento del alma. Ese aposento interior al que nunca accedemos a causa de las prisas.

Entrar a tu aposento es estar dispuesto a recorrer las dimensiones más sorprendentes del sufrimiento y de la belleza. De la luz y de la noche, donde la desesperación y la desdicha reinan. Es un itinerario de penitencia y conversión. Igualmente, de perdón, arrepentimiento, de descombrar odios, cobardías, y de asumir responsabilidades. Es decir, de todo aquello que significa muerte de las cosas externas, que nos mantiene separado de Dios. Es como un viaje infinito, pero que puede hacerse en tres días. Como el profeta Jonás asombrado al descubrir que su interior era como el vientre del gran pez, o durar toda la vida devorándonos, hasta que la fuente divina estalla ante nuestra mirada.

Nunca creí que el alma fuera tan elevadamente profunda, tan intensamente oscura, como la noche, y que en esa profundidad esté Dios.

Querida señorita Mossèn, pretender conocerse a sí mismo, sin conocer a Dios, sin la certeza de la unión personal con Dios, da lugar a un íntimo sentido de estar incompleto, dividido, aislado y culpable. La urgente necesidad de escapar de esta inseguridad que da lugar a insaciables deseos de placer, posesión y poder; en lo social a la violen-

cia, a la guerra y la injusticia. El verdadero destino superior es un dichoso encuentro con Dios, y un reconocimiento de que todo lo que tenemos somos los unos y los otros, cuyo significado se encuentra en lo más profundo del espíritu.

Señorita Mossèn, la letra de conócete a ti mismo, primeramente nos exige entrar en nuestro interior, hundirnos en lo más profundo donde todo en nosotros guarda silencio, cuando esto ocurra, llegarás a alucinarte de ti mismo, como obra propia y natural del amor y semejante a su Creador, como criatura que ama y es amada. Entrar al aposento es alcanzar la verdadera unión con Dios que nos habita en lo profundo. No a un Dios pensado, porque cuando el pensamiento se desvanece, Dios se desvanecería también. No conocerlo desde el exterior, como se conocen las cosas a través de los sentidos, sino desde el interior. Esa experiencia se halla muy por encima del pensamiento de toda criatura. Es un encuentro donde quedan trascendidas todas las facultades humanas. Se llega a percibir todo desde y a partir de Dios, incluso los sufrimientos. Nada puede separar el alma de Dios, porque ella es y representa la participación de algo divino en nosotros.

Seguir a Mateo es alejarnos del hombre arreligioso, del hombre adulto, autónomo, laico, del hombre bueno entendido como un relativismo peligroso que se fundamenta de la sentencia so-

fista el hombre es la medida de todas las cosas. Mateo nos va revelando la vida grande y buena, fascinante y eterna en el Sermón de los bienaventurados, los pobres de espíritu que tienen hambre y sed de justicia, sed de misericordia y de purificación, sed de un corazón limpio, sed de paz, y serán saciados, consolados, heredarán la tierra, alcanzarán misericordia, verán a Dios, porque de ellos es el Reino de los Cielos. El Sermón es un grandioso proyecto de antropología de extraordinaria profundidad mística.

Aseret ha notado que he centrado mi comentario sobre Las Bienaventuranzas que como texto extraordinario contiene toda la novedad del Evangelio, toda su sabiduría y toda su fuerza para transformar en profundidad el corazón del hombre, y renovar al mundo. Las Bienaventuranzas contienen una sabiduría luminosa y son el secreto del corazón del mismo Jesús. Cada una de las bienaventuranzas recibió en plenitud por su resurrección y su glorificación la recompensa prometida, la felicidad del Reino de los Cielos. Más aun, recibió el poder de hacer entrar a todo hombre en este Reino, incluso a los mayores pecadores.

Mi querida alumna Aseret Mossèn, debo descansar, dentro de poco será medianoche. Cuando me disponía a irme a la cama, me detuvo el libro *La Esclava*, de autor desconocido. La contemplación de María en este libro es bíblica, evangélica,

y tiene su centro en el Fiat, que con humildad impecable pronunció la Esclava de la Voluntad Eterna, al pronunciar ¡Hágase en mí! Se manifiesta en María la suprema Majestad de la Trinidad en posesión del cuerpo y el alma de la inmaculada Virgen y la llena de gracia. Dios determinó así la Encarnación del Verbo divino en su purísimo vientre, y la subsiguiente redención de la humanidad. Es el Fiat lo que dispone la vida a la determinación de la voluntad divina. El libro concluye de esta manera: Al pie de la cruz, en el Gólgota, donde María nos introduce en la pasión del Salvador, como Madre excepcional. Esta obra anónima y maravillosa es un regalo de la gran Clawdia.

Rosa, con insistencia, me recuerda el deber de descansar. La lluvia ha cesado. Solo quedan los fenomenales coros de la Pasión según San Mateo, de Johan Sebastián Bach, todavía resuenan mucho después de la medianoche.

La invito a la lectura de Mateo.

Jerónimo De La Pira.

CARTA VIII

15 de octubre de 1996

Mi entrañable Aseret.

La búsqueda de la más excelsa dimensión de lo humano es una cuestión que jamás deja de ser urgente. En ese intento el encuentro con santo Tomás de Aquino, para mí, fue un acontecimiento que marcó profundamente mi itinerario espiritual, y otros autores que hay que releer, interpretarlos y amarlos.

Por ahora, me haría bien releer “En busca del tiempo perdido” de Marcel Proust. Por los momentos comenzaré por reencontrarme con el primer título: “El camino de Swan”. Días atrás, descubrí que me habría encantado conocer a Martín Buber, Tomás Mann, así como a Hermann Hesse. Ellos pensaron y se expresaron en alemán. Con inexpresable dolor, los tres pasaron su vejez fuera de su Alemania natal, por las razones que conocemos. Hay unas palabras del judío Buber sobre lo que significa para sus correligionarios el sentirse despojados de su nacionalidad alemana. Lo que dice Buber es: “Nadie le teme tanto como yo al resurgimiento del racismo y la intolerancia”. Él dialogaba con Albert Einstein, con Frank Kafka, con Hermann Hesse. Le aconsejo leer *El desfiladero*, de Martín Buber.

Querida ex alumna Mossèn es bueno visitar las librerías ¡Y regalarse un libro! Días atrás, me regalé “El juego de los abalorios”, de Hermann Hesse. A mí, por cierto, me sucedió algo curioso con esta novela. Compré en 1990 el volumen (con “La Montaña Mágica” y otras de Mann, en el mismo tomo). Comencé la lectura de “El Juego de los abalorios” ese mismo año. Me interesó mucho, pero no pasé de las primeras páginas.

Durante mucho tiempo, sentí que tenía que darme el gusto de leer esa obra de Hesse. El año pasado, tomé de nuevo el volumen, para entregarme con placer, a esta novela escrita por Hesse. Fue una obra escrita en la madurez, como remedio para alejar su espíritu de la calumnia, y de los excesos diversos que le hacían contra su nombre, en su amada Alemania.

También me hizo mucho bien leer parte de la correspondencia entre Mann y Hesse. Sé que estos señores también se cartearon con el pensador Martín Buber. Tres cimas de la expresión de la cultura alemana, vilipendiados, ultrajados, por la barbarie que siguió el oscuro personaje que no nombro. Pero a través de Hesse, de Mann, de Buber, como de Gandhi, se expresaba el espíritu, en tiempos aciagos para la sensibilidad y la inteligencia.

Lo que me recuerda recomendarle la correspondencia entre Hesse y Mann. Después de todo son autores a los que hay que volver. Son hermosos

consejeros para ayudarnos en momentos como este al que me invita el señor Ziemssen, con motivo del próximo Congreso Anual de Antropología. Y me dijo que él estaría muy feliz si aceptara la invitación a participar como conferencista. Por la noche, me hizo llegar formalmente la invitación. Al darme cuenta de los otros invitados y el país donde se realizará, comprendí que era necesario volver a mi espíritu combativo para afrontar a los antropólogos materialistas y los socialistas, que han creado una cultura del hombre barnizada de ideología.

Con la invitación en la mano, me dejé caer sobre el sofá, frente a la amplia ventana, por donde parece que el cielo entero me acompaña en la búsqueda de una inspiración genial. A los pocos minutos, me dirigí hacia la biblioteca a buscar un autor que inspirara mi espíritu con la genial idea para el congreso. Eché una mirada a los estantes de la biblioteca (donde ya no caben más convidados). Desde joven he traído a muchos filósofos a este espacio. Algunos han creado alrededor del alma una serie de mitos, que aun revolotean alrededor del hombre, han apelado a todos los sentidos para definirla. Unas veces le dan la figura de vacío, y aunque sentencie que el vacío interior del hombre tiene el tamaño de Dios, no la define. Para otros, en cambio, el alma es la figura esférica continuamente en movimiento. Algunos la definen en la forma de

fuego o del agua, de la sangre, de la respiración o de la Idea, y cada vez surgen formas imperfectas del espíritu humano.

Querida Aseret, a pesar de todo el perfeccionamiento que hemos alcanzado, no sabemos cómo cuidar del alma, cómo purificar sus operaciones, ni cómo alcanzar la plenitud, porque no sabemos qué es el alma. Cada vez el conocimiento del alma está más lejos de ser un saber reparador. Todo descubrimiento de lo que es ha apostado a la derrota del espíritu humano, y nos hemos acostumbrado a esa derrota, tanto que ya nos inquieta.

Pero hoy quiero huir de leyendas falsas o verdaderas. Quiero que mi entendimiento se libere de los cuervos que han lastimando el espíritu y absorbido el anhelo de felicidad que está impreso en la desconocida alma.

Después de esta mirada sobre los estantes de la biblioteca, me detuve en el libro de Isaías y el libro de las Moradas, impecables tratados de antropología. Debo confesar que me sentí aturdido frente a estas inteligencias (separadas por tantos siglos y lenguas) y, a la vez, sorprendido por un vínculo flotante, sagrado, diría, en medio de ellos. Teresa de Jesús despliega el alma humana en forma de un castillo. Con exquisita sobriedad, Isaías, en la imagen de la carpa (54:2).

Aseret, pienso que la Carpa de Isaías y las Moradas de Teresa son imágenes del alma humana,

que el profeta y la mística carmelita, ensanchan, despliegan, extienden hasta llegar a Dios.

No sé si es admitida la analogía entre la Carpa y el Castillo. Mi intuición me aconseja que esas dos generaciones del pensamiento de factura original y de hermoso contenido, bastante bien compuestas, son fieles a la revelación, para mirar con ojos nuevos el alma humana, centro inaprensible del hombre, y frente al que palidece la razón que trata, en vano, de impulsarla como solo conciencia o reducirla en una corporeidad mal construida por demostraciones, a partir de causas segundas.

Muy querida señorita Mossèn, la clave para comprender lo humano desde la revelación es despojarnos de lo sintético y, en una especie de pasión, elevar el conocimiento a la luz que ilumina el entendimiento para que la mente llegue a la Causa primera donde late el corazón de la verdad.

Me atrevo a preguntarle ¿Ha leído Las Moradas? A mí me gusta volver a ellas. Hay que volver siempre a esta gran mística universal. Cada vez que vuelvo encuentro nuevos hallazgos. Últimamente, lo hago cuando mi salud lo permite. En otros momentos, cuando recobro fuerzas, atiendo los compromisos con la cátedra que dicto en la universidad. Hoy es otro día de esos.

Un poco antes de las 5 de la tarde, en un anochecer agradable, me dispongo a asistir a la universidad. Serían las 6 y algo más, cuando entre ágiles

estudiantes, me abro paso y camino a la biblioteca para retirar el Comentario a las Moradas de Teresa de Jesús. Cuestión de la que debo ocuparme en la cátedra, y he decidido llevarla al congreso de antropología, al que estoy invitado.

Durante unos minutos me detuve a agradecer a la señorita Elena, el esmero dedicado en la transcripción del texto.

Muy querida señorita Aseret Mossèn, en las páginas de las Moradas hay un gran movimiento, algo divino estalló frente a Teresa de Jesús al escribirlas. Una esfera de fenómenos extraordinarios van proyectando la visión del alma humana en forma de un globo de cristal y, en su interior, un Castillo todo de diamante o muy claro cristal, como transparente color de Dios. Teresa, en estado de contemplación o arrobamiento — o en estado de éxtasis —, no lo sé, recorrió hasta los confines de su interior, hasta encontrar a Dios, al Dios verdadero, infinito, que siempre rompe nuestros esquemas; aunque sea el mismo de ayer, hoy y siempre, pero que jamás dejará de ser nuevo.

Señorita Mossèn, la sabiduría en Teresa hubo de salir de la fusión de su voluntad con la divina, de la intimidad que el Señor le concede, para con un gran celo y responsabilidad describir la imagen más novedosa del alma humana. En la imagen de un globo transparente y su interior, lo ocupa la figura del alma humana en forma de castillo con sus

moradas, que no son habitaciones, sitios, ni lugares físicos, sino profundidades por donde el hombre de novedad en novedad, unas más complejas que otras, va descubriendo la naturaleza del alma humana; descontaminando las potencias del alma, que no están en su lugar ni en su plenitud. En cierto modo, es la experiencia de Jonás con su propia muerte y resurrección (Mateo 12:40-42).

Teresa, aun al hombre más temible, lo enseña a caminar en su interior hacia la felicidad: A Dios. Nos invita a contemplar —ya ahora—, intelectivamente por la gracia, el rostro de Dios y gozar de la bienaventuranza eterna o, dicho de otro modo, contemplar el nacimiento de Dios en el alma humana.

Las Moradas es un proyecto que nos sumerge en el misterio del alma intelectual, y en el conocimiento de todas sus potencias. Tal como lo dice Teresa, con el acompañamiento de Cristo, amor y humildad, alabanza y oración, y nuestra voluntad en la Voluntad de Dios.

Mi querida Aseret, el viaje interior tiene la alegría del alpinista por conquistar la cima. La cima teresiana es el corazón de Cristo, en el ascenso el alma como el alpinista gira sobre sí misma, se cae y sigue girando como el barro en la rueda del alfarero, desengolfándose del mundo y sus contentos, de sus honras y pretensiones. Desescombrándose de zarzas interiores, de dioses y monstruos ocultos. Incluso vaciarse de la voluntad

humana, de la razón y cuando el entendimiento trascienda y no pueda dar pie, dejarse atraer por el bien, como Isaías entregó su Carpa al suave viento del espíritu que lo va llevando al centro de aparecer Dios. Y satisfacer el deseo más grande que existe, que Dios quiere darnos, el don de los dones, el que es vivir en Él. Esta extraordinaria aventura ha de ser defendida en los escenarios cosmológicos, preservarla de las tentaciones de la razón como del antropomorfismo y de todo escenario que hace del alma humana algo material. Sobre todo frente a la filosofía de la época moderna poscartesiana, que hace del alma un fragmento pensante, sin posibilidad de encontrarse con el cuerpo, sin noticias de Dios, el único que puede unificarla. Además, la obra de Teresa es insuperable por las doctrinas filosóficas profundamente racionales, incapaces de ir más allá de la realidad natural.

De eso quiero hablarle, de las Moradas. En una ocasión, bajo instrucciones de la sola razón provoqué infinitas demostraciones, explicaciones, expuse ideas y juicios racionales. No concluí en nada, pero a pesar de todo estaba decidido a seguir la búsqueda a través de la obra de santa Teresa de Jesús, que extendía un proyecto del alma humana —incuestionablemente inmaterial—, en un plan diseñado no en un sentido lineal, sino en profundidades o moradas ordenadas alrededor

de un centro de aparecer de Dios. En esta visión Teresa de Jesús proyecta el concepto de morada en el concepto de relación, en cuanto convergencia del alma humana hacia Dios. Esto es de vital importancia, entender la articulación interior de las moradas en relación al Todo. De tal modo que una vez que se purifiquen las potencias del alma en toda su plenitud, aparezca la Verdad suprema. He aquí un texto revelador del sentido de relación: “No habéis de entender estas Moradas una en pos de otra, como cosa en hilada, sino poner los ojos en el centro que es el aposento del palacio adonde está el Rey” (Morada 1.cap2). Entendiendo que en cada morada hay modulaciones distintas que van derivando distintos grados de relación que llevan directamente a la identificación con la plenitud, anchura y grandeza con la Verdad que permanece en la más profunda morada interior, donde el alma humana se baña bajo la luz del Omnipotente.

Querida Aseret, solo cuando creamos antropología desde la inseparabilidad de Cristo, aparecerá el hombre en su plenitud. Pero la antropología teme al interior del hombre, no sabe cómo entrar en él. Con frecuencia las demostraciones racionales no se ocupan de las virtudes que fluyen de la naturaleza humana como: Obediencia y paciencia, humildad, la razón no sabe de la oración contemplativa, los sentidos y los pensamientos son

inquietos. La oración da seguridad, nos ordena la mente a la Verdad, al arrebató divino de la Séptima Morada.

En una ocasión, mientras me dedicaba a la relectura de las Moradas, el Castillo teresiano se hizo sensible a los sentidos de mi entendimiento, y se fue agrandando. Una a una las Moradas se abrían como si se partieran en dos, dejando visible su interior donde surgían miles de celdas o aposentos que daban a cada Morada la apariencia de un panal por donde el alma, como una abeja vuela por entre las miles y miles de celdillas, mientras va avanzando hasta la Séptima Morada, donde no hay límites. Es como una gran masa de luz y, a la vez, como un fuego de gran hermosura. Es la Morada de la cima, el polo de atracción, la inmensidad. Morada que no es otra cosa, sino el mismo Dios.

No dudo en afirmar que el castillo interior es un gesto bondadoso de Dios hacia la Carmelita, para que Teresa guíe al hombre por los valles de su alma sin miedo. Un gesto divino bondadoso para ordenar las potencias del alma, a través de la metáfora de moradas interiores o panales girando alrededor de Dios. Teresa ha previsto el equipaje de este viaje. Ha dejado la llave que abre la entrada al interior del hombre. Esa llave es la oración impregnada de humildad. La fuerza que necesitamos para tirar todo los escombros de

nuestro interior y para no perdernos de todo lo que sucede, pues la oración despeja los sentidos turbados por la fe en el mundo: Por la fama y por estar lejos de Dios nos libera del peso de un verdugo, el falso yo, que tortura constantemente con la más profunda de las opresiones —como la tiranía de la soberbia que impulsa a todas las facultades. Precisamente, todas las potencias del alma al volcarse sobre los bienes volubles —las felicitas terrenales—, el entendimiento y la voluntad, no niegan nada a sus ojos, ni apartan su corazón del placer, cuya recompensa de su faena únicamente es el placer. Sin saber de dónde nace, ni tener una guía por donde caminar, la vida humana pierde el sentido de finalidad, no hay noticias de Dios, de la resurrección, ni de la vida eterna.

Sin la oración, la frágil criatura no es capaz de salir de su fe en el mundo. Es como en una casa vacía y de puertas abiertas, que puede ser ocupada por el maligno y termina en ruinas, roto y deshecho, engañado, creyendo que la muerte es la única salida.

Mi muy querida señorita Mossèn, hasta aquí algunas anotaciones mías. Pero ciertamente, apenas es un bosquejo del que no me atrevo a profundizar más porque sería soberbia de mi parte. Lo harán otros, altamente entrenados en la mística. A nosotros nos corresponde ocuparnos de desprender las sombras endurecidas que taponean el alma huma-

na, y así hacer visible la belleza y esplendor del Sol Eterno que ilumina todo nuestro ser.

Por la noche, mientras ojeaba mi conferencia, sentí que al repensar las Moradas, fluyen la gracia, las virtudes, el sosiego y la paz. Créame que me confortan. Además, estrecha mi relación con la oración humilde. Esa oración que no nos deja sin respuesta, que se hace fuerza para avanzar más adentro, cada vez más cerca donde está Cristo en nosotros. Teresa de Jesús es un llamamiento de Dios, en sus páginas resuenan palabras buenas.

Cuando viaje al Congreso de Antropología llevaré conmigo el libro de las Moradas, heredado de mi madre, es una edición muy antigua de tapa dura, formato pequeño.

Al llegar al aeropuerto opté por trasladarme al hotel en el metro para conocer la realidad de aquel país socialista. Querida señorita Mossèn, todo el sistema, transporte, país, esperanza de su gente, está en estado lamentable. En el metro, el alboroto de la música metálica, ruidosa, y bajo el enorme peso de cientos de personas que gritan, gimen, enganchadas al techo del tren, cerrando por completo el pasillo, el vaivén, y el color rojo manoseado, grasiento, todo me daba vértigo y me cortaba la respiración. Tuve entonces la sensación extraña e indefinible del caos universal.

Llegué al hotel, un poco después de las 3 de la tarde, estaba sumamente cansado, me acosté con

los ojos cerrados, pero no dormí. Las cosas que he visto mientras me dirigía al hotel, salpican, hieren, son destructoras para el espíritu. Señorita Mossèn, la realidad del nacionalismo me produce tristeza, desasosiego.

En resumen, el congreso se centró en certezas racionales, algunas conferencias arrastraban el oropel del mundo. Luego de la exposición, un malestar inesperado me obliga a retirarme del congreso con el mismo vacío, el cansancio del conocimiento estéril, sin frutos, que arroja el alma a las cumbres más frías de la fe, donde el demonio no deja de guisar de diferentes maneras, para que el hombre continúe creando mundos culturales trágicos.

A mi regreso el malestar se empeoró. Bernardo al verme llegar lo ha notado, fue al jardín y regresó con unos crisantemos recién cortados. Me ha ofrecido una infusión deliciosa con sabor a crisantemo. No le contesté. Permanecí en el estudio observando el sol vespéral, que lentamente atraviesa el cristal de la ventana para iluminar parte del estudio, y va cayendo sobre la mesa, sobre el mantel blanco y la taza, y proyectándose más allá, cae sobre el escritorio y acaricia las hojas de papel y los lápices, y avanza trazando no menos gratas sombras, sobre el gran sofá y el granito del piso. Bernardo interrumpe el grato momento. Pero para mi sorpresa, me trajo una taza de té de flores de Jamaica bien caliente. Lo ha preparado Rosa, comentó con afecto.

Muy querida Aseret, estamos invitados a ensartar las Moradas como perlas para formar un purísimo camino que sirva de inspiración a los seres humanos, para que la cripta interior se llene de luz. Estamos invitados a crear desde el pensamiento de Teresa, una antropología estética de extraordinaria perfección. Donde el alma humana transparente o inmaterial, subsistente, inmortal, despojada de todo, se ilumine de la gloria del Omnipotente. No hay ninguna otra imagen del alma humana en la historia del pensamiento, que la metáfora del Castillo de Cristal que Dios regaló a la Santa Carmelita. No hay porque no pensar, que era una visión de la persona humana. El globo como símbolo del cuerpo y el castillo transparente, el alma, bellamente transfigurada bajo la luz del Omnipotente en la Séptima Morada, donde se refleja la belleza ontológica (**Col 1:19**); lo extraordinaria de la vida más perfecta —la vida intelectual—, el ser en su singularidad irrepetible y única: La persona, la criatura bienaventurada. El ser que necesita entenderse a sí mismo, que se plantea este problema desde todos los ángulos, como el religioso cuando el salmista lo hace ante Dios: Señor ¿Qué es el hombre? (**Sal 8,1**). Teológico, cuando Agustín lo ha propuesto como gran anhelo: ¡**Noverim te, noverim me!** ¡Te conozco, me conozco a mí mismo! El ser que sabe “quien soy” y tiene la certeza “adonde quiero ir”,

que es capaz de perderse en sí mismo, navegarse a sí mismo, amarse a sí mismo, ser yo mismo, individuo, singular, intransferible, intelectual, único, irreductible, el hermoso sustancial que como gigantesca montana esta inclinada hacia Dios.

¡Fue una genial idea llevar las Moradas conmigo! Hoy, 15 de octubre, la iglesia católica homenajea a Santa Teresa de Jesús, fundadora de la Orden del Carmelo. Nadie negará que hoy sea un buen día para recordar las Canciones espirituales de la Madre Carmelita.

A mí me dicen mucho sus canciones. Me impresionan la pasión que las mueve ¡Y que ese canto sea para Dios!

¡Solo Dios basta! Fervor de

Jerónimo De La Pira.

CARTA IX

8 de noviembre, 1996

¡Mi entrañable Aseret!

¿Cómo anda el Trabajo de Grado? ¿Ha pensado acercarnos a la era de la persona? Por los momentos trabaje fundamentalmente la Unidad Sustancial, debemos evolucionar a la nueva emergencia de lo humano: La persona. Solo desde esa dimensión la antropología estará suspendida en una finalidad última, la bienaventuranza, venciendo la nada.

Hoy es un buen día para continuar avanzando en esa búsqueda como la que le corresponde a su investigación, en la que ha de lucirse ¡Ciertamente! Muy admirada Mossèn, mi salud cada día se complica, el médico sospecha una metástasis a nivel del pulmón derecho.

El padre Eduardo Lecter ha comenzado a visitarme a diario. Esta mañana me sorprendió muy temprano ¡Cuánta alegría! Disculpe que no sé cómo expresarle el valor de la amistad. Lo haré con palabras de Virginia Woolf, cuando escribe: “Mis amigos son lámparas. Su luz me ayuda a ver que existen otros campos, otras colinas”. Woolf es una escritora que me gusta. Ciertamente Eduardo, es una de esas farolas encendidas.

El padre Eduardo razona con infinita paciencia, mientras comienza a proyectar sobre la filosofía

la luz de los libros sagrados. Luego discurre sobre el conocimiento, sobre el hombre y su deber de evolucionar hacia una nueva emergencia. Más bien converger a un nuevo suceso, la persona. Salir de la idea del viviente animal obediente a las leyes de la naturaleza, e ir al ser trascendente movido por las leyes del espíritu y capaz del dominio de las leyes naturales. Pues, solo en la dimensión personal, la criatura encuentra descanso en Dios. La emergencia esperada —la persona— es un ser maravillado en la esperanza de la luz sanjuanista. Lamentablemente, la vida sin esperanza es la perspectiva de lo humano, en un mundo cimentado en el antropomorfismo. Solo a partir de Jesucristo, sin negar la realidad del mundo natural, sucede el florecimiento de la persona.

Bernardo cauteloso se aproximó a nosotros, y colocó sobre la mesa dos tazas de café y el periódico del día. A los pocos momentos, llego el joven filósofo de la escuela Neoplatónica, Alejandro Victorino, y la joven Kadi Ghazali.

¿De qué hablan? Inquirió Kadi.

Del florecimiento de la persona —contestó— el padre Eduardo, tratando de comprender, la grandeza del hombre que no es otra cosa que conocerse a sí mismo, y parece que poco se ha avanzado, pues, hoy el hombre sigue preguntándose ¿Quién soy?. Miles de años, interrogando al Cosmos, buscando entre los reinos de la naturaleza,

se ha interrogado a sí mismo, y aún permanece en tinieblas. El conocimiento de lo humano no ha florecido, permanece oscilando en el mundo sensible, observando ese ser racional como fruto de la tierra, suceso de la naturaleza, y como todo lo natural, corruptible, temporal, frágil, sin sobrenaturalidad, sin la esperanza en la resurrección y la vida eterna.

El joven Victorino, siguiendo en la línea que trazaba el padre Eduardo, acotó que seguramente aparecerá la era del ser personal.

Acordamos ir a Tosto (una de las mejores cafeterías de Madrid), pero a esa hora no había espacio disponible. Decidimos ir al restaurante del señor Farid, por las mañanas no acude mucha gente (se aglomera por las tardes). Nos encontramos con fray Giorgio Romo, y la señora Clawdia, y el señor Faddei Ziemssen.

Mi muy admirada Aseret, quiero mencionar algunos detalles extraídos de este encuentro, bien pueden serle útiles.

El joven Victorino nos aventuró hasta los abuelos filósofos. Comenzó señalando la era pre-filosófica. De seguido, Ziemssen refutó el término pre-filosófico, por cuanto considera que en el mundo de lo mágico y mítico-religioso el hombre crea filosofía. Cuando interpela la naturaleza crea cosmogonías y teogonías con sus propios dioses. Victorino no contradijo al señor Ziemssen, solo se limitó a

solicitar permiso para continuar. Y agregó que en el enmarañado mundo de lo mágico y mítico (noté que evitó citar la palabra pre-filosófico), la dimensión personal no logro florecer. De ese confuso mundo el hombre va abriéndose paso, y en el horizonte aparece Heráclito (el doctor victoriano hace una extensa disertación sobre el filósofo de Éfeso), de todo, la resonancia que más nos interesa, es esta: “La vida es una lucha agónica con la muerte”. Esta premisa lleva en si el presentimiento de finitud, en ese signo — de finitud— que Heráclito expresa como una lucha agónica con la muerte, me hace pensar que es un verdadero comienzo de hacer antropología.

Luego, coloca su atención en Protágoras, hace una exposición no menos intensa, de donde aísló esta resonancia: “El hombre es la medida de todas las cosas” (advierdo en esto el germen del relativismo). Protágoras no se interesa por dar explicación a los principios constitutivos de esa singular existencia personal. Le interesa más el hombre inmerso en una sociedad, lo que le hace brillar entre sus semejantes.

Mi muy querida Mossèn, debo confesarle que todos estábamos con digna disposición y muy atentos a las reflexiones del joven filósofo Victorino, por su altísima calidad. Expresó su más ferviente admiración hacia Protágoras, no polemizó en su preocupación por formar al hombre

como ser político. No obstante, he de volver la mirada a Sócrates con su tesis capital “conocerse a sí mismo”. No deja de asombrarme cómo Sócrates alcanza la tesis de conocimiento de sí propio ¿Cómo logró llegar al fondo de su existencia y encontrarse con el hombre en busca de sí mismo? Esta búsqueda oculta tal vez una secreta angustia. Es imposible afirmar, desde luego, que tal empresa no sea irrealizable, significa más bien una tarea que debemos llevar a cabo y que nos exige iniciativa, un acto, un riesgo. Se trata de buscarse a sí mismo, de buscar la verdad dentro de sí: Un camino opuesto a las realidades sensibles en término de la persona. Este es, pues, un acto de fe, porque en ninguna lectura del mundo conocido puede resolverse. Hay en Sócrates el augurio de algo más, de un ser que puede volverse sobre sí mismo, no obstante no alcanzó a descubrirlo, ni a explicar el camino que había dentro de sí, necesario encontrarlo para anunciar su verdad.

Sócrates —continúa Victorino— delimita dos campos (como dos hojas) lo originariamente humano (el alma): “Lo que bulle dentro de sí”. Y un segundo campo, lo que no es más que apariencia y exterioridad ¿Quién lo ha conectado con esta realidad? ¿De dónde surge su tesis capital de Conócete a ti mismo? Es posible conjeturar que surge de una cosmovisión amplificada, y también es posible pensarla como una revelación

desde los rincones más remotos de la Creación, sentenciada en el Cantar de los Cantares: “Si te conoces ¡Bella eres amada mía!” (6,4). Es posible que el conócete a ti mismo, surge del amor que bulle dentro de sí. Esta información debemos preservarla de toda resignación y de todo espíritu sectario. La búsqueda de sí mismo la alumbra la maravillosa hoguera del espíritu humano. Debemos saber conservar el punto de equilibrio y la llama. Con seguridad Sócrates experimento esta revelación perturbadora, la gran realidad que impide a la vez que se desmorone por los caminos de la doxa. Sócrates ya no gira alrededor del Cosmos, su desconcierto lo lleva a girar alrededor del núcleo de sí mismo —de su verdad—, tratando de hallar su definición, lo que real y constitutivamente es el hombre.

Sócrates al identificar “algo” que bulle dentro de sí, inicia una antropología rica y muy compleja. No obstante, no hay en él un principio de individuación, de un ser único e irrepetible. Es posible que se volviera al camino de la opinión y se encerrara en un número infinito de causas. Pero a pesar de esto, pláceme anotar que Sócrates no centro su preocupación por el hombre político que necesita aparentar ante los demás, él pasa a la realidad particular humana. Incluso, según testimonio de la Apología, Sócrates ridiculiza a aquellos varones prestigiosos que ni siquiera habían

aprendido a conocerse a sí mismos.

Clawdia, quería decir algo: Créame Victorino, que a todos nos agrada la filosofía que usted ha tenido la bondad de compartir con nosotros, ¡Y a mí pues, mucho más! En mi mente estoy procesando las tesis centrales de cada uno. Hallo en ellas varias posibilidades para avanzar en el intrincado camino de la antropología.

Victorino, la miró con ternura y le expresó: Gracias... gracias infinitas, mi muy admirada Clawdia.

Y continuó: En la filosofía siempre ha habido una prisa por explicar al mundo, al hombre, a la naturaleza. Y eso me causa admiración. No puedo olvidar a Platón, un ser desbordante, sin límites, escoge otro camino y abre su discurso en la inteligibilidad, en la Idea. El verdadero ser del hombre es el alma espiritual y ese ser que es su alma, es una idea y solo ella en el hombre tiene derecho a la existencia y a la Verdad. Ahora, el foco principal es el alma y sólo el alma como una idea (como las formas separadas sin relación al cuerpo) tiene derecho a la verdad. El cuerpo es solo un fragmento vil y desdeñable sin derecho a la verdad, sin prerrogativa de unirse a la potente naturaleza del alma humana, y que al final será arrojado para ser pisoteado por los hombres (**Mt. 5, 13**). Pero esta formulación no puede dejarse suelta, ya que la verdad (la bienaventuranza) no solo corresponde al alma humana que es ple-

na para la persona. El cuerpo también pertenece al ser personal y está llamado igualmente que el alma a la resurrección y al gozo eterno. Sin vacilar, se puede percibir el doble carácter (dos segmentos paralelos) en aquel ser que es el hombre. Sus condiciones de un ser dual nada nos enseña sobre la verdadera grandeza del único sustancial. En el horizonte surge Aristóteles, no tan desbordante como Platón. Aristóteles es filósofo de la naturaleza, habla de elementos constitutivos del ser: Materia y forma. Afirma que en el fondo de la persona humana subyace la unidad ontológica constitutiva de potencia y acto, que Tomás identifica como cuerpo y alma. Todas las acciones humanas implican y revelan esta doble dimensión que persiste aun en el mismo conocimiento intelectual, incapaz de ser utilizado y realizado sin una referencia de lo sensible. Aristóteles define una pasión humana. La ira por ejemplo, no cree suficiente una descripción física: “El flujo de la sangre en torno al corazón, ni una razón puramente espiritual sin relación con lo biológico”. Ambos aspectos han de conjugarse llegando a una razón encarnada, porque, en definitiva, eso es el hombre: Una forma espiritual, existente en la materia, constituyendo una unidad de tal manera indiferenciable, que ni siquiera, desde el punto de vista teórico, es posible llegar al concepto de uno de los elementos, sin hacer referencia al otro.

El hombre es un ser natural. Pero no es solo eso. Además de tener una naturaleza, tiene un destino, que es esencialmente personal y que exige la peculiar afirmación de sí mismo, a través de sus actos para evadirse de la pura contingencia. Por eso es un ser tensivo, en aspiración constante por desligarse de lo puramente material, pero sin poder lograr romper este lazo, que es indispensable. Esta aspiración del hombre hacia lo espiritual, más que suponer una separación entre el cuerpo y el espíritu, es la exigencia de una materialidad que necesita más espíritu que lo eleve hacia dimensiones siempre nuevas y por sí solo inalcanzables.

En Aristóteles, lo mismo que en Platón, la contemplación es el gran camino a la suprema aspiración. En la actividad teórica o contemplación, el hombre busca su perfección, que no logrará nunca plenamente. Por esto el hombre es un ser tenso, orientado hacia lo divino. Aristóteles cree necesario alentar al hombre a que no desmaye en la búsqueda de una ciencia divina, que nunca será plena posesión humana, sino constante ansia insatisfecha, que mantenga siempre al hombre en tensión como «el arco que apunta al blanco». Soy de los que piensan que hay en Aristóteles el principio de individuo, que hace de lo absoluto de la persona ese alguien intransferible, irrepetible e irreductible.

En la filosofía helenística y romana, la preocupa-

ción por el hombre se centra más que en el estudio de su esencia y de su modo de vivir. Los cínicos, los Cireneicos, los estoicos, los epicúreos, los escépticos, coincidieron fundamentalmente más que saber en lo que el hombre es constitutivamente, buscaron filosofar sobre la importancia de su conducta moral. Pero como lo ético está vinculado a su naturaleza, el ideal del hombre, la norma a que debe moldearse, viene a coincidir con la expresión estoica: “Vivir conforme a la naturaleza”. Es decir, de lo que emana de lo más íntimo de su ser, a saber: La intelectualidad. Esto supone despreciar todo artificio. Por eso el hombre se mantiene indiferente ante todo lo que no sea él mismo (las riquezas, el dolor), encuentra la plena libertad en el bastarse a sí mismo. También, se oponen a lo impulsivo, a lo emocional, por ser contrario a la razón, y se realiza el nuevo concepto de sabio como el hombre al que nada conmovirá, ni comprometerá en perfecta independencia y dominio de sí. Sabrá despreciar los honores y los sufrimientos, sobreponerse a sus pasiones y, si es preciso, para evitar la turbación, suspender el juicio ante la verdad. Frente a la aspiración sofisticada de figurar e intervenir en la sociedad, aún a costa de perderse a la pura ficción y apariencia, el hombre busca ahora la despreocupación, la tranquilidad, el ser en sí mismo, sin importarle nada de lo que está en torno suyo.

Aseret, este es el legado antropológico del filósofo,

cuán lejos de una vitalista filosofía antropológica. Todos actúan en el mundo de las formas separadas, sin alcanzar la unidad sustancial. Ni el sabio, ni el filósofo entendió que su forma de búsqueda dejaba a la criatura humana abandonada en la peor cara de la vida como la soledad, donde el miedo asedia y no parece haber salida o consuelo, su mirada no llega donde está su felicidad.

En el horizonte filosófico surge una consideración antropológica que comienza con la premisa de “Creación”. Sin desvincularse totalmente de las antiguas concepciones, cuya influencia perdurará a lo largo de toda la filosofía, ideas nuevas, procedentes de la Revelación, permitieron descubrir nuevas dimensiones en la comprensión del hombre, muy fecunda en vista de los datos que aporta la Revelación. Aparece el concepto de Creación mostrando una vuelta al hombre a su propia realidad a la luz de la revelación y de la historia de la salvación a la luz del misterio Redentor. Su presupuesto fundamental, o matriz permanente, parte del maravilloso escenario de Dios Creador. Todo es obra de Dios, así que, de una manera especial, la criatura humana se concibe como un ser creado y redimido, racional, comunitario, solidario, abierto vinculado con todos los seres creados. Es un ser ético-moral. Puede volver sobre sí mismo —es un ser relacional— (sin evadir al mundo). Por su intelectualidad puede crear mundos culturales, trans-

formar la naturaleza sin alejarse de Dios. Además, es imagen y semejanza suya. Dios es el centro del universo y constituye para el hombre la gran llamada, la única meta de su ser y su felicidad.

El alma de cada ser humano tiene un valor infinito y una responsabilidad individual. El cuerpo del hombre es parte de su ser personal, y está llamado, igualmente que el alma, a la resurrección y al gozo eterno. Este es el legado antropológico del Cristianismo.

Muy querida Aseret, disculpe la frecuencia y la extensión de mi correspondencia. Ahora rescato valiosas conclusiones del seminarista Franco ¿Lo recuerdas? La humildad condicionaba sus argumentos. Su elocuencia maravillosa. Recuerdo su ensayo de antropología elaborado desde el Cantar de los Cantares con escasísima dialéctica racional que, a su juicio, impedía el desarrollo claro de la gracia como fundamento antropológico. Siempre supuse que sería un sucesor de san Agustín. A propósito, San Agustín se aventuró por este camino. Cada vez que lo leo acabo encantado con sus escritos. Él sabe que desde los tiempos más antiguos ha quedado sin resolver la pregunta ¿Que es el hombre? Problema que trata de solucionar y para el que no encuentra más que un único camino, el de la reflexión sobre su propia voluntad: “No vayas fuera; en el interior del hombre está la verdad”. A primera vista, en los textos agustinianos, parece

que se descubre que el hombre es solamente su alma, no su cuerpo. En esta marcada preponderancia del alma sobre el cuerpo, hay un claro influjo del pensamiento platónico. Profundizando más, acaso no esté tan clara esta preponderancia, y al usar el término alma, en lugar de hombre, se debe a que San Agustín gustaba designar el todo por su parte más excelente. Del mismo modo, a veces al alma la llama mente, que no es toda el alma, sino más bien la parte más sobresaliente. A la definición clásica del hombre como animal racional, añade constantemente el adjetivo mortal, porque la esencia metafísica de todo lo creado es la mutabilidad, y todo cambio lleva consigo una muerte. Ello lo obliga a estar en una perpetua zozobra, en una inquietante angustia, mientras la temporalidad atenace y no haya llegado al verdadero ser inmovible: «Nos hiciste Señor para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti» (Confesiones).

Lo mismo que en el pensamiento griego, la búsqueda de la verdad es el gran medio de conseguir la felicidad. En san Agustín la verdad es Dios mismo; en Él se encuentra el descanso. Pero esta búsqueda de la verdad, esta búsqueda de Dios, es fundamentalmente amorosa. Lo emotivo tiene gran importancia en el pensamiento agustiniano. Las criaturas que pueden ser un medio de encontrar al Creador para un alma despierta, son,

al mismo tiempo, el gran obstáculo para lograr este encuentro. Por un lado, Dios, la gran Verdad, atrae al hombre; por otro, el cuerpo, cadena y enemigo, que le hace caer sobre las cosas.

En definitiva, el hombre, en esta grandiosa concepción teológico filosófica, reaparece como un ser intermedio, siempre en lucha, porque él mismo es una naturaleza caída, un ser pecador a quien, sin embargo, Dios concede la gracia para su salvación. El camino para salvarse es el amor, que es la suprema ley para el hombre: “Ama y haz lo que quieras”. El pensamiento agustiniano y a través de este, el pensamiento platónico, es el que domina sobre todo en las concepciones antropológicas de los pensadores cristianos del primer período medieval, más preocupados por el problema del hombre de lo que muchos han pensado.

Por ahora, me atrevo a repetir algo de nuestro fraile Tomás, en los más colosales castillos de la antropología, de la ciencia, de la teología racional: Hay mucha paja y poco fruto del espíritu.

Bajo el amparo de Dios dormiré lo que queda de la noche.

Son las 2 y algo más...

Afectos,

Jerónimo De La Pira

CARTA X

15 de noviembre, 1996

Muy querida Aseret.

He intentado escribirle por segunda vez en la tarde. El primer intento fue un poco antes de las cuatro, mi salud se ha complicado de nuevo, no hay en mi cuerpo una posibilidad para levantarme. La enfermedad me ataca de todas las maneras física, social, moral y psicológica, me despoja de todo, incluso me aísla. El distanciamiento es una auténtica desdicha, aunque a veces, en palabras del doctor Hermes Behrens, la enfermedad es un reajuste de nuestra vida.

Por el momento, trataré de escribir sobre el lugar del hombre en el cosmos, como me ha pedido en su carta, cuestión que consciente o no hemos olvidado, abandonado. Prometo hacer el esfuerzo de escribir sobre la cuestión. Perdona que suspenda mi segundo intento de escribirle, la fiebre me lo impide.

Algo más de las 10 de la noche hago otro esfuerzo, por tercera vez, de escribir sobre tan delicada cuestión. En mis años de estudiante en la universidad, realicé un ensayo sobre el tema. Lo que me llevó a consultar libros de grandes autores como Max Scheler, Fred Spier, Stein, Edmund Husserl, Wojtyla, Tomás de Aquino y otros más. He conocido otras y tantas aventuras del pensamiento

sobre la novedad del lugar humano en el universo y todas coinciden en llamarlo límite, confín, frontera entre dos mundos y, por lo tanto, el hombre es definido como un ser fronterizo, que hace de gozne entre esas dos realidades.

Muy admirada Aseret, se han suprimido muchas cosas y nos han colocado frente a un ser fronterizo, situado en la cima o confín del mundo corpóreo como ápice del reino animal, textualmente en un horizonte físico. Pero el término confín, no se puede afirmar de manera objetivable. Al referirnos al lugar del hombre en el cosmos, posee caracteres que el término no puede resolver. El lugar humano es más que una simple frontera entre los mundos espiritual y corpóreo. Ciertamente, de dos maneras está el hombre ligado a esas dos realidades, por el cuerpo humano, y por un alma dotada de naturaleza intelectual. La unión sustancial de estos principios en el ser personal, constituye un grado de vida intelectual que lo eleva entre los demás seres. Corresponde a la criatura intelectual, el lugar más digno de la creación, el lugar humano, de la trascendencia, que se corresponda al deseo del retorno de la criatura espiritual a Dios, a través de su espíritu.

Muy querida Aseret, me adentraré en la cuestión de la mano de santo Tomás de Aquino, línea que usted traza en su investigación. Tomás no busca en los reinos de la naturaleza lo que el hombre

es. Sus escritos son una batalla por conquistar la dimensión personal, el ser que no se agota en lo morfológicamente natural, porque solo sería barro de penuria y escasez. Tomás encuentra la plenitud del ser en el misterio de Dios. Aseret esta es la proeza final del conocimiento de lo humano: Conducir al hombre a su dimensión personal y a la unión más íntima con Dios.

Veamos cómo cuando estudia al hombre, se atreve a sacarlo de ese espacio fronterizo, tanto del mundo corpóreo y del mundo de las criaturas intelectuales. Incluso fuera del relato bíblico de la creación, y lo estudia aparte. Igualmente, lo saca de la tradición filosófica que lo define como homo-animal rationale, según lo cual el hombre, de modo visible y físico, pertenece al mundo natural. Hay en esto un presupuesto de reductibilidad del hombre que no expresa a la criatura humana de naturaleza racional o espiritual, como la define santo Tomás a partir del concepto de persona de Boecio: *Rationalis naturae individua substantia*. Santo Tomás plantea lo humano, en un lugar donde dimana toda la exigencia de pureza y de moralidad de los actos humanos desde la libertad, la celebración de la vida intelectual, la creatividad como fuentes de la cultura, el conocimiento y la autoconciencia. Todas las posibilidades humanas, todos los talentos de la persona y la razón más alta de la dignidad humana, el retorno

de la criatura espiritual a Dios.

Querida Aseret es maravilloso la manera en que Tomás, concibiendo a la criatura intelectual como fin de la generación universal, va más allá del concepto de confín, como lugar humano, lo supera buscando la perspectiva en un círculo ontológico que recorre el ser creado, saliendo y regresando a Dios como Causa primera y fin último. Ese círculo lo recorre en el terreno de la experiencia, en la vida práctica. Así como en su actuar humano, actividad que implica, por su espiritualidad, una cuestión moral. De este modo coloca en la antropología el verdadero lugar humano, donde la criatura trasciende las cosas materiales. Se revela como un ser que está más allá de sí mismo, es decir, que está en Dios.

Todo esto supone una novedad antropológica de un lugar que posee una perspectiva grandiosa y detenida. Algo así como engarzado en el principio Creador, donde está asegurada la unidad sustancial. Donde Dios es el centro, centralidad que se ha perdido, y se evidencia en la profunda crisis de la inteligencia que amenaza a la humanidad.

Más allá de las reflexiones filosóficas, en la revelación se describe como el lugar más digno (Gén 2) a la gran dignidad de la naturaleza humana. Dios concedió una realidad distinta al mundo de los seres corporales y al mundo de los seres intelectuales. Desde el principio, el Señor Dios la

colocó en el Paraíso del gozo, sin límites, ni confines y sin fronteras.

Querida Aseret, los caminos de la creación están realizados en una sola dimensión: la plenitud.

Entrada la noche, leí en el Nuevo Testamento un versículo clave de Mateo (**Mt 5:14-16**), me pareció excelente para la cuestión que estamos tratando. El versículo hace visible el mundo natural como especie de candelabro que sostiene la luz del entendimiento. Todo el ser del hombre es luz y la luz no puede almacenarse en un almod, ni esconderse debajo de las piedras. Esta luz ha de colocarse sobre el candelabro como una lámpara. Y no temo en afirmarlo, desde la luz del entendimiento, el hombre proyecta un lugar que entraña condiciones naturales y sobrenaturales en orden de la unidad sustancial. Sólo hay belleza donde hay unidad y donde la significación de las cosas nos recuerden al Creador. Por ese lugar caminó Jesús de Nazaret, los Apóstoles, los profetas, María y José. Es el lugar de la redención cuando la Potencia creadora determinó la Encarnación del Verbo en el purísimo vientre de la Santísima virgen María, y por donde camina el hombre de hoy, como la misma criatura que resplandeció en el Génesis.

Muy querida Aseret he llegado a pensar que el lugar humano donde Dios colocó a la criatura racional es como la carpa de Isaías, que se ensancha y se despliega, que se alarga y se disuelven los lí-

mites hasta quedar en un espacio abierto para que la criatura, en su estado más alto, completamente desarrollado —no encasillado por limitaciones culturales— pueda contemplar toda la obra de Dios. Dialogar de persona a persona, entrar en su interior y encontrarse a sí mismo, y dialogar con Dios que está en lo profundo, es verdaderamente necesario sentirnos habitantes de un lugar que posee una perspectiva grandiosa, colmado de actualidad de vida su ornamento vital de seres que el mismo Dios colocó sobre la tierra; colmado de sorprendentes signos espirituales para hacer posible el hermoso y profundo deseo del hombre de ver a Dios. Esperanza que está inscrita en el dinamismo de la naturaleza espiritual del hombre. La criatura racional nunca hubiera podido ser destinada a un lugar, sin apertura hacia Dios. Al día siguiente, volví a empezar la lectura de algunas corrientes donde hay preocupación legítima por la dignidad de la persona humana. Necesidad de descubrir el misterio de su existencia, por fijar su puesto en el cosmos. Por consiguiente, no hay ninguna antropología —fuera de la cristiana— que pueda dar una razón más firme de la eminente dignidad humana. Esa misma que el hombre busca hoy tan afanosamente y tan a oscuras.

Me ha hecho mucho bien escribir sobre esta cuestión.

Inexpresables gracias, gran Aseret por las innu-

merables cosas gratas que aquí exponemos. Se anima uno a preparar nuevas cartas y también a seguir leyendo, o a pensar asuntos de antropología con sobrada alegría.

Aseret Mossèn, sin duda, somos habitantes del lugar del asombro. Me hace muy bien en pensar que es así.

Gracias, por tanta confianza ¡Buenos deseos!

Jerónimo De La Pira

CARTA XI

19 de noviembre de 1996

Mi entrañable ex alumna Aseret Mossèn.

A mitad de la mañana la intensidad del sol anunciaba una tarde calurosa, pero sorprendentemente Dios nos bendijo con la lluvia. Mientras descubría la belleza en la lluvia, el señor Ziemssen vino a visitarme y a despedirse. Había recibido una invitación para formar parte en la directiva de un museo en Europa. Entendí que su partida era inevitable e irresistiblemente lógica. Él tiene el derecho de cumplir su sueño. Me invitó a acompañarlo. Pero mi viaje no depende de tomar una maleta y recorrer un trayecto en automóvil por carreteras amplias, o mirando las nubes desde la ventanilla de un avión. Por ahora, lo importante para mí es el senderismo interior. Descombrar el alma, recorrer sus valles, montañas, desiertos, hasta llegar a la fuente divina.

Días atrás, el Padre Marcelino Cagnoli, regresó a su misión en el Sur. Con frecuencia recibo correspondencia suya. Me habla de la migración abrumadora que afecta a los países contagiados de nacionalismo. Me comentó que en el sur, en medio del abandono, ve en la gente un toque de delicadeza para la esperanza.

El padre Eduardo y el padre Vicente Irunzun continúan visitándome. No he vuelto a tener no-

ticias del doctor Abilio Sáiz. Mañana, antes del amanecer, debo partir a la casa de Clarisa.

Ahora deseo escribirle de las últimas cosas que he vivido. Durante el viaje me dediqué a leer *Ser finito ser eterno* de Edith Stein, extraordinario viaje intelectual y espiritual de su autora. Con frecuencia interrumpí la lectura, al inicio del trayecto no pase de las primeras páginas. Me quedé dormido un buen rato, al despertarme tomé de nuevo el libro, para entregarme con placer a esta obra escrita por Stein.

En pocas horas de viaje estaba frente a la casa de Clarisa. Al sentir mi llegada, Bernardo y Rosa salieron a mi encuentro, se apresuraron a recoger las maletas. Rosa enseguida trajo una infusión caliente de flores. Después de un corto comentario sobre el tiempo y anécdotas del viaje y de una frugal comida, me retiré a la habitación. Por la noche tuve un sueño reparador.

Me levanté temprano, quería contemplar el amanecer, me impresiona su belleza no causada. Me gusta cuando los primeros rayos del sol caen sobre la superficie de la tierra, y ver cuando la vida acelera sin freno su colorido brillo. Por un largo momento permanecí en silencio. Rosa me regresó a la realidad, me trajo unos panecillos recién salidos del horno, y en una taza blanca un reconfortante café. Rosa es una compañía silenciosa, es natural su humildad, su respeto.

La mañana que para mí era cálida, para Rosa está muy fría. El tiempo frío le hace daño, comentó. Es muy amenazante para sus pulmones, me persuadió de que lo mejor es descansar un poco. Me retiré a la biblioteca. Ahí permanecí un rato, entretenido con algunos libros que llamaron mi atención. El encuentro con autores, a veces olvidados, me produjo regocijo, entre ellos El espejo de las almas simples, de Margarita Porete, Enéadas, libro de Plotino y El pensamiento del maestro Eckhart O.P. Me decidí por leer a Margarita Porete. Mientras leía hice algunas anotaciones, que deseo compartirlas con mi aventajada ex alumna. Helas aquí. Para Margarita el alma ha de gozarse al ser tocada por Dios, por la Gracia, despojada de pecar, para seguir a Dios, ser arrebatada por el deleite del pensamiento, y conciencia de que Dios es el que es, del que toda cosa es. Margarita encerró su libre voluntad en el interior del ser de Dios, entonces ve el amor, por la claridad desbordante de divina luz, comparable al amor entre la doncella, que un día se enamoró del Rey. Margarita fue acusada de herejía tras escribir su libro, y fue sentenciada a muerte. El 1 de junio de 1310, en la Place de *Grève* de París, las llamas de una hoguera de la inquisición quemaban su cuerpo vivo.

Aseret, tengo un gran deseo de escribir como Margarita Porete, sobre el alma y Dios, sobre la felicidad y la ambición del alma humana. Me siento colmado de esa ambición.

Sorpresivamente, Rosa con rostro que no ocultaba su alegría, anunció la llegada de la señorita Mathilde Sanzio y Clawdia Biset. Ciertamente era grata su presencia. En los rostros de ambas era visible el cansancio del viaje.

Al día siguiente, les propuse que argumentáramos sobre el fin último del hombre. Ese fin es el bien futuro, el bien máximo, el bien sumo, que nos excede por completo, absolutamente trascendente a nosotros mismos porque es Dios mismo.

Después de leer mis anotaciones del día anterior, Clawdia comentó que en Tomás había encontrado un hermoso y profundo tratado sobre el fin último del hombre. Ese bien sumo después del cual el hombre ya no puede aspirar más nada, porque su capacidad de bien ya está saciada. Mas, la visión de Dios, el bien deseado, dice Tomás, no puede el hombre alcanzarlo naturalmente, sino es mediante la Gracia. En consecuencia, para que el hombre llegue a la perfecta visión del bien futuro, es necesario que el hombre se despoje del pecado, crea en Dios, el único que con su bondad infinita puede llenar perfectamente su voluntad.

Mathilde comentó: El deseo del sumo bien es una exigencia de la naturaleza intelectual, la contemplación de la verdad es el mayor bien del intelecto. Por tanto, el mayor bien que puede aspirar el hombre en congruencia absoluta con su naturaleza espiritual e intelectual es la contemplación

de la verdad. Pero no de cualquier verdad, sino una verdad fundante, una verdad primera, y esa verdad es en definitiva Dios.

No sólo es un deseo del entendimiento, agregó Clawdia, todo en el hombre, cuerpo y alma, desea a Dios. Un deseo que no puede realizar por sí solo, ni por la fuerza de su naturaleza intelectual, ni con todas las demás potencias de su alma, ni por su sola voluntad, los sentidos, los apetitos sensitivos. Aunque todo en el hombre se ordenan de alguna manera a esta tendencia hacia el bien sumo, el hombre para ser elevado hasta él, necesita el auxilio de Cristo el Verbo hecho carne, y que en su Encarnación ha convocado a la naturaleza humana a la obra de la redención.

Muy admirada Aseret no quería permanecer sin argumentar la cuestión del fin último. La ventilé desde el pecado original, el momento en que las potencias del alma como la memoria, el entendimiento y la voluntad, ya no están en su lugar ni en su plenitud. El pecado original o la ruptura de la sujeción del hombre a Dios, quebrantó toda la creación, el sol, los planetas, las nebulosas, las aguas etc., todo quedó contaminado, dañó la naturaleza humana, el entendimiento. En una visión amplia, es una potencia tremenda capaz de conocer todas las cosas que están en nuestro entorno, las cosas naturales, las cosas físicas, a Dios, a los ángeles. Al quedar el entendimiento en estado de

debilidad y postración a causa del pecado, hace que al hombre le sea más difícil conocer lo espiritual, saber de Dios y con una tendencia marcada hacia lo natural. Sin el conocimiento de las cosas bellas y divinas, la voluntad del hombre carece de la equilibrada proporción de sensibilidad y espiritualidad. La criatura no tiene potestad para dirigir sus acciones o actos humanos, porque se antepone a él otros fines al infinito deseo natural de movernos a un fin último sobrenatural. Por el pecado original nuestra naturaleza está dañada y ha hecho que nuestro entendimiento dependa de los sentidos. Entonces, en nuestro estado de naturaleza no podemos tener una intuición directa de Dios, ya que nos resulta más fácil conocer el mundo sensible. Pero no porque el entendimiento humano no pueda conocer a Dios – no, no – sino por el estado de degradación natural en que estamos por el pecado original. Por lo tanto, necesitamos de la gracia para alcanzar la salvación y la visión beatífica de Dios, que es la plenitud del ser humano. Este ser se realiza en la otra vida con la visión directa de Dios, y eso no se puede alcanzar, sin la revelación. No dudo en pensar que el pecado ha generado una acción y efecto antropológico, por el hecho de que en el hombre, existe una tendencia natural hacia ese fin sobrenatural, hacia la beatitud en lo que radica la felicidad.

Mi muy querida Mathilde precisó que de lo que se trata entonces es que el hombre alcance esa eterna bienaventuranza. Y esa visión furtiva y gozosa, en que consiste en esencia la bienaventuranza, no se puede dar en esta vida. Solo se puede dar en la luz de la gloria en la otra vida. Pero ya acá, en esta tierra, tenemos que ir preparándonos para esa visión sobrenatural. Además, a esa visión beatífica estamos llamados por un movimiento natural, a través de la puesta en marcha de potencias, de disposiciones que son naturales, y que están implícitas en nuestra naturaleza racional o espiritual. Aquí se establece un núcleo sumamente importante, rico y algo misterioso.

Querida Aseret el hombre debe aprender a verse de nuevo bajo el impacto de Cristo. Para que esto suceda, se requiere de la Gracia para que el compuesto de alma y cuerpo, con todas sus potencias y medios de conocimiento y acción, estén en plenitud. La vida es un movimiento hacia esa beatitud, hacia ese fin sobrenatural.

Cristo es el camino, es nuestro camino, para la consumación del fin último.

Jerónimo De La Pira

MENSAJE FINAL

Es 12 de diciembre.

Señorita Aseret Mossèn.

Le escribe Clawdia Biset para comunicarle que el maestro Jerónimo De La Pira, hace dos días, fue ingresado de urgencia al hospital. Apenas alcanzó las primeras horas del día de la Virgen.

Señorita Aseret, nos agradecería ver las cartas del maestro Jerónimo, bellamente editadas.

Pronto será Navidad.

Todos queremos desearle una feliz Nochebuena.

Afectos,

Clawdia Biset

Contenido

PRÓLOGO	5
NOTA DE LA AUTORA	11
CARTA I	13
CARTA II	21
CARTA III	33
CARTA IV	45
CARTA V	71
CARTA VI	81
CARTA VII	101
CARTA VIII	117
CARTA IX	133
CARTA X	147
CARTA XI	155
MENSAJE FINAL	162

Impreso en los talleres de la Editorial
de la Universidad del Zulia. Ciudad
Universitaria Dr. Antonio Borjas
Romero. Facultad de Humanidades
y Educación. Sótano del Bloque C.
Apartado 526, editado bajo la dirección
del poeta Carlos Ildemar Pérez.